

MEMORIAL
EN FAVOR
DE LOS CABALLOS
DESTINADOS A LAS
CORRIDAS DE TOROS,

PRESENTADO
A TODOS LOS ESPAÑOLES DE UNO Y OTRO SEXO,
BAJO LOS AUSPICIOS DE LA NOBLE
SOCIEDAD PROTECTORA DE LOS ANIMALES Y LAS PLANTAS,
DE CADIZ,

POR
LEON QUEDERRIBA,

SOCIO CORRESPONSAL DE LA MISMA EN JEREZ DE LA FRONTERA.

CADIZ.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO DE JOSE MARIA GALVEZ.

TENERIA 1 Y SACRAMENTO 42.

1877.

CUATRO PALABRAS

POR VIA DE INTRODUCCION, ACERCA DEL FOLLETO TITULADO
EL RESPINGO.

Movidos de compasion hacia los miseros caballos martirizados en las corridas, y convencidos de que con una poca de buena voluntad por parte del hombre, podria evitarse el tormento de aquellos sin menoscabo del esplendor de estas, decidimos escribir este humilde memorial.

Nada pensábamos decir en él, sin embargo, en contra de la llamada indebidamente, por antonomasia, *fiesta nacional*; porque siempre hemos creido que las corridas son la simple resultante de una desdichada combinacion de elementos monstruosos; y que basta demostrar la perversidad de cada uno de ellos, para que, por induccion y sin necesidad de engolfarse en consideraciones generales, queden calificadas *ipso jure* de calamidad pública.

Estamos en efecto muy seguros de que descomponiendo las partes integrantes de la corrida y hablando hoy, por ejemplo, del ultraje que esta infiere á la moral; mañana del desconcierto que á la economía pública acarrea; aquí de los peligros del lidiador; allá de los conflictos en que coloca á la autoridad; quien del toro mismo; cual del caballo; &.^a, víctimas todos de la indicada aberracion, llegará al fin el día en que desaparecerá este ignominioso padron con que los extrangeros, por amor ó por odio, por lastima ó por burla, por conmiseracion ó por envidia, que nada nos importan los móviles, se creen autorizados para medir nuestra civilizacion en todas sus manifestaciones; y en que además, nuestras costumbres perderán cierto tinte feroz que las deslucce y afea.

Robustecida esta esperanza con la guerra sin tregua que en libros, folletos y periódicos de nuestro mismo país se hace diariamente contra los toros, casi veíamos sin alarma la persistente manía que padecen en su favor las más distinguidas clases sociales, seguros como estamos de que la asistencia de estas á las corridas y su vana predilección por los lidiadores, obedece á causas ajenas á lo sustancial de la fiesta; en suma, abrigábamos la convicción de que en día no lejano quedarían abandonadas las plazas á las turbas inconscientes, y que, cesando el lucro, se harían al fin imposibles estas sangrientas parodias de los circos romanos.

Pero hé aquí, que contra toda prevision humana llega hoy á nuestro poder una apología de los toros titulada *El Respingo*, escrita por un señor aficionado de Barcelona, en la que se pretende nada ménos que dar á las corridas una verdadera base filosófico-moral, y no en términos de proposición ó de teorema que necesite demostración; sino en son de postulado, á manera del *Cogito ergo sum* de la escuela cartesiana, con el objeto sin duda de cerrar científicamente y para siempre la boca, á todos los enemigos del toreo, nacidos y por nacer. Ante tan formidable descubrimiento, deberíamos racionalmente enmudecer; pero hemos sido obsequiados por la naturaleza con un carácter tan extremadamente quisquilloso y descontentadizo, que no podemos resistir á la tentación de armarle una disputa, no digamos acerca del toreo, sino á propósito de cualquier otro absurdo, siquiera sea de menor cuantía, á todo vicho viviente, catalán ó navarro... y aunque fuera aragones. De aquí que, entre asombrados y compadecidos, abandonando por un momento nuestros pobres caballos, vamos á analizar el *eureka* de este célebre Arquímedes del toreo.

«La lucha del hombre, dice el texto, contra una fiera potente y bien armada á la cual burla, y á quien con ayuda del arte vence y rinde á sus pies, tiene algo de *grande*, de *atrevido* y *magestuoso*, que motiva y justifica el entusiasmo del espectador.»

Permítanos ante todo el sentencioso *aficionado* que procedamos á una ligera rectificación gramatical en el último período de su magistral aforismo, á fin de darle todo su

valor á la idea y mayor realce, si es posible, á la locucion misma. Y cuente el buen señor con que esta limadura no lastimará en manera alguna su reputacion de entendido y elegante publicista, como no infiere agravio al crédito artístico del más ilustre pintor, la limpieza que se ejecuta en su cuadro para quitarle el polvo, la grasa, ó cualquier otra sustancia, orgánica ó inorgánica, que oculta ú oscurece los tesoros que encierra. Nuestra operacion, por lo demás, es bien sencilla: sólo vamos á fijar el sentido en que se ha querido emplear la palabra *atrevido* al calificar ese algo, especie de *quid divinum* del toreo, á fin de que para doctos é ignorantes, para listos y torpes, para cultos y groseros, espresé la frase una misma idea, y no se susciten, allá en los tiempos venideros, acerca del trabajo filosófico que nos ocupa, esas interminables disputas que, por un punto ó una coma, suelen á veces empañar el brillo y comprometer la inmortalidad de las más trascendentales elucubraciones metafísicas. Conste, pues, que nuestro atrevimiento es hijo de la más escrupulosa lealtad; por ser testarudos no dejamos de ser caballeros.

Dadas estas debidas explicaciones, abramos el *Diccionario de la Lengua* de la Academia Española:

ATREVIDO.—El que se atreve, y lo hecho con atrevimiento.

ATREVIMIENTO.—Accion y efecto de atreverse.

ATREVER (anticuado).—Dar atrevimiento.—Determinarse á algun hecho ó dicho *arriesgado*, irreverente ó falto de respeto.

Por último, *arriesgado*, que parece ser el sentido de la palabra *atrevido* en el caso que nos ocupa, significa (segun la Academia), *el hombre osado, imprudente, temerario*.

Ahora bien; como no es concebible que el «*aficionado catalan*» haya sido inconsecuente en una misma proposicion afirmando que *ese algo, grande y magestuoso*, es la obra de un hombre osado, imprudente ó temerario, porque esto anularia *ipso facto* la magnificencia atribuida á la accion de torear, necesario es admitir que sólo por metalepsis ha empleado nuestro escritor la palabra *atrevido* en vez de la de *valiente*, que es la que realmente corresponde, sin tener

en cuenta que cuando se tratan cuestiones trascendentales á toda la altura de la ciencia, no es cosa permitida el andarse con figuritas.

Considerando por otra parte que las palabras *grande* y *magestuoso*, sólo sirven en este caso para calificar la valentía misma del acto de la lidia, puesto que en derribar y dar muerte á una res sin el menor peligro del matador, tal como se ejecuta en los degolladeros públicos, no puede haber motivo para tan pomposas calificaciones, creemos que de conformidad con la claridad y laconismo que exige la literatura científica, por decirlo así, deberá enunciarse el postulado taurino del «aficionado;» de la manera siguiente:

«La lucha del hombre que con ayuda del arte vence y rinde á una fiera potente y bien armada, tiene algo de valiente, que motiva y justifica el entusiasmo del espectador.»

Analicemos ahora el concepto de la sentencia, y para mayor claridad, establezcamos el siguiente silogismo en *barbara*, que en ella se contiene y la constituye;

Toda valentía es motivo de entusiasmo;

El toreo es valentía,

Ergo el toreo es motivo de entusiasmo.

En primer lugar, y para que no se crea que el ENTUSIASMO es una virtud por sí mismo, ó que el entusiasta es un santo varon por el hecho de entusiasmarse, vamos á averiguar lo que hay en este particular.

Entusiasmo, inspirado de Dios segun la etimología, significaba entre los griegos el estado del alma de las Pitonisas y las Sibilas, agitadas de un furor divino, y la exaltacion de los poetas y artistas que tambien se suponian inspirados por los dioses; en suma, una situacion exepcional del espíritu, producida por las divinidades; y dicho se está, que tales inspiradores tan sólo se servirian para embargar y exaltar á sus favoritos de medios ó motivos grandes, magestuosos y sublimes.

Siguiendo la analogía, los neoplatónicos vieron más adelante en el entusiasmo, tan próximo al éxtasis, un estado en que el hombre se aproxima á la Divinidad, y claro es igualmente, que por esta segunda acepcion la palabra *entusiasmo* representa la idea de una virtud que escede en

grandeza á todas las conocidas, puesto que el motivo que la ocasiona es el ardiente deseo de acercarse al Supremo Bien; á Dios mismo, lo único capaz en fin de transportar el alma hasta el extremo de hacer perder á la criatura humana la conciencia de sí misma.

Pero es el caso, que andando los tiempos y llegando á un momento histórico en que, ni los dioses inspiran á los pobres mortales ni éstos acostumbran á estasiarse en aspiraciones al Cielo, concluidos los místicos deliquios y arrebatos, sin duda porque han cesado las antiguas corrientes de arriba abajo y de abajo arriba, nos encontramos segun el *Diccionario de las Ciencias*, con que la palabra *entusiasmo* sólo se aplica á todo transporte que se apodera del alma y la coloca fuera de su situacion ordinaria, diciéndose sobre todo de una admiracion exagerada.

Ha perdido, pues, el entusiasmo todo su valor sustantivo y dejado de ser una virtud; ya no es más que una *admiracion exagerada*, un sentimiento de pura relacion, que nada dice por sí mismo en favor del sujeto entusiasmado ni ménos del motivo del entusiasmo. Por el contrario, vemos en la Historia adoraciones y frenéticos entusiasmos en individuos despreciables y por asuntos y hechos, ideas y personas intrínsecamente abominables; todo lo cual nos demuestra, que no basta para el sano criterio el que se afirme simplemente que existe entusiasmo, para deducir cosa alguna en pró ó en contra del sujeto ni del atributo.

Dando, sin embargo, por sentado que el entusiasmo es un sentimiento necesariamente noble y grandioso *per se*, el «aficionado» afirma en la mayor del silogismo que la valentía es motivo de entusiasmo, lo cual á su vez necesita aclaracion; porque en esto del valor hay tambien sus más y sus ménos.

Es *valor*, dice el *Diccionario*, el ánimo, el aliento que desprecia el miedo y temor en las empresas y resoluciones; *virtus fortitudo*: pero no por esto creemos que se deba ni ménos que se pueda decir que todo valor es digno de aprecio. Sólo los fines que cumpla pueden hacerlo merecedor de consideracion. Ciertó es, que hasta que el hombre no alcance el más perfecto grado de la civilizacion, no llegará

á conocer la verdadera pauta moral para calificar el mérito de todas las acciones; pero es asimismo indudable, que el estado actual de la cultura de nuestra especie es ya suficientemente avanzado para estimar tan sólo el valor que realice la justicia, que tenga un fin bueno, bello, que sea fecundamente humanitario; convirtiéndose la admiración en éstasis, cuando el valeroso sacrifica su vida misma en pró de la idea, en bien de sus semejantes, en aras de su patria, en holocausto á Dios.

Este es el valor digno de entusiasmo, así hoy como en los tiempos en que las ideas morales se encontraban ménos bien definidas; y la prueba es, que cierto sabio de la antigüedad, á propósito de un acto de valor estéril é inmoral, decía: «Este Catón, este filósofo, este patriota, no supo hacer su muerte provechosa á la patria.» ¿Pues si de esta manera se juzgó al prototipo de la virtud, valeroso hasta el extremo de darse la muerte por no sufrir la vergüenza que le ocasionaba el decaimiento de Roma, como es posible que en nuestros días se prescindiera de los móviles para apreciar los actos? Si Catón parece pequeño, si su valor es más un desprecio y un hastio de la vida que un aliento sublime; ¿qué sentimiento de admiración, que enajenamiento, que exaltación, que entusiasmo, en fin, puede producir en un alma bien templada, el valor de los hombres desalmados y temerarios que se arrojan á la muerte por ignorancia, por superstición, ó quizás por aberraciones físico-fisiológicas que la ciencia no puede aún explicar?

Motivos de esta especie no pueden dar al valor carácter de virtud ni de grandeza. A este orden pertenece la valentía en el toreo, por ejemplo, cuyo objeto no es el exterminar de la tierra las fieras devastadoras que determinaron las hazañas de Hércules y Teseo; sino el mero placer de atormentar al toro bravo que, á costa de grandes gastos y multitud de peligros para el hombre desde que aquel nace en la dehesa hasta que sucumbe en la plaza, se cria cuidadosamente para fiera, empezando por una escrupulosa y nunca interrumpida selección, única y exclusivamente para dar solaz y contentamiento á los españoles «de sangre meridional y ardiente que sienten en ellos el germen que en héroes los

convierte en su *momento oportuno*,» como dice el autor de *El Respingo*, en tanto que estos candidatos á la inmortalidad esperan muy seguros, «garnacha de los balcones» como les llama Quevedo, la feliz oportunidad de convertirse en Epaminondas, en Leónidas ó tan siquiera en Brutos!

Tengan juicio los que, como el buen «aficionado,» rechazan enérgicamente el título de crueles y sanguinarios; y ya que nada hagan para civilizar á los desgraciados cuyo sentido moral se encuentra pervertido, ya que no traten de arrancarles á éstos su fanática admiración por Diego Corrientes y Francisco Esteban, procuren por lo ménos no aumentarles su ceguera enalteciendo cierta clase de *valentías*, por el mero hecho de realzar con los títulos de grande y majestuoso el estéril y pernicioso valor de los toreros. En resumen; existiendo este y otros valores incapaces de transportar el alma por la inutilidad y bajeza de sus fines, queda probado que valentía no es motivo de entusiasmo.

Pasemos á analizar la segunda premisa.

El toreo es valentía; y digamos muy alto: *Nego minorem*.

Si al hablar del valor acabamos de admitir que, aunque perjudicial, existe en el toreo, téngase entendido que sólo ha sido por hipótesis y como ejemplo, y de ninguna manera en sentido afirmativo; porque el aficionado, apesar de su entusiasmo, nos dice claramente en el postulado, que el hombre vence al toro *con ayuda del arte*; y más léjos confirma la misma idea, en estos términos: «tenemos confianza en el arte y por consiguiente una seguridad interior de que la desgracia (cogida del torero) no sucederá.» Y he aquí *de cómo*, por testigo irrecusable, venimos á parar á que en esto de la valentía hay que rebajar su poquito, para quedarnos con un arte ú oficio, no de cobardes ciertamente, pero que al fin no exige para su cumplimiento el temple de los Amadises y Esplandianes, únicos valores abstractos que, por ser fabulosos, podrán, en todo caso, por su propia y exclusiva virtud, excitar el entusiasmo.

Al hablar en estos términos, y dejando aparte la falsa modestia, declararemos muy alto, que damos una prueba de imparcialidad digna de los tiempos heroicos; porque ha de saberse que el autor de *El Respingo* afirma que el arte del

toreo «es peculiar de la destreza y viva sagacidad de los españoles de *contadas* provincias;» y como es evidente que la nuestra ha de ser uno de esos raros viveros de artistas de coleta, tenemos que hacer un esfuerzo titánico para no dejarnos dominar por el orgullo y hasta para no enternecernos ante ciertas alabanzas; pero así y todo, y pese á quien pese, ya que se nos presenta la ocasion oportuna de convertirnos en héroes siquiera sea de abnegacion, debemos declarar, y declaramos, que somos más amigos de la lógica que de nuestros mismísimos paisanos.

Si pues, volviendo á nuestro tema, el célebre toreo queda casi reducido á una cuestion de arte semejante al de los volatines por ejemplo, que tambien necesita de la destreza y sagacidad de ciertos hombres de no sabemos qué latitudes de la Tierra, porque estas interesantes estadísticas por un descuido imperdonable aun estan por formar, resulta evidentemente que las suertes de la lidia no deben sacar de su quicio á nuestros héroes en crisálida, como en efecto tampoco les entusiasma el equilibrio en la cuerda, los trapecios aéreos ni el doble salto mortal, sin duda porque saben que todo arte tiene su razon de ser en leyes físicas que, bien estudiadas, alejan y hasta anulan las probabilidades de una desgracia personal.

Y queda demostrado por $a + b$ más el incontestable voto del *aficionado*, que el toreo *no* es valentía.

Desmenuzado el silogismo; probada la inanidad de sus premisas, resulta averiguada por consiguiente la falsedad de la conclusion, y diremos que el toreo no es motivo de entusiasmo.

Respetando no obstante la buena fé del autor de *El Respingo*, nos abstendremos de decir que su argumentacion es un sofisma, ni ménos aun una falacia; pero sí nos creemos plenamente autorizados para afirmar, sin temor de ofenderle, que su claro ingenio ha sido levemente lesionado y que sin saberlo ha cometido un paralogismo, lance desgraciado si se quiere, pero al que estamos expuestos todos los mortales, y muy particularmente si somos víctimas de una ignorancia invencible. *Non semper ingenii vena respondet ad votum.*

Hagamos alto un momento para pedir perdon á nuestros lectores, así por la forma de esta discusion, como por los latines que nos permitimos emplear; pero tengan en cuenta, que para discutir un punto psico-fisiólogo-patológico-artístico-moral-cornumartiroológico con un escritor conspicuo, es necesario arreglarse á los preceptos escolásticos y valerse á menudo de la lengua sabia, única capaz de expresar ideas y conceptos pangenésicos.

Para concluir, pedimos la venia; y reasumiendo, diremos.

Primero. Que si la lidia es obra del valor, empleado este en cosa tan estéril como cruel, tan absurda como sucia y tan costosa como fea, no puede, á semejanza del que impulsa al suicida, al aturdido, al maniático ó al temerario, inspirar entusiasmo á quien tenga su razon en caja y su sensibilidad cultivada.

Segundo. Que si el toreo es simplemente un verdadero arte con cuya ayuda pueden los lidiadores evitarse los peligros, seguramente no vale, no digamos los transportes del entusiasmo, pero ni aun la admiracion de los aficionados á lo difícil; porque en último caso, el placer que pueda proporcionar este travieso ejercicio, se encuentra harto acibarado para toda alma bien templada por los atroces sufrimientos que á las pobres bestias acarrea.

Tercero y último. Que aun en el caso de que el toreo sea, como en efecto lo es apesar del «aficionado,» un oficio real y verdaderamente peligroso, no debe entusiasmar, por la multitud de motivos que lo hacen odioso; debiendo reservarse este sentimiento, si así podemos explicarnos, para esa infinidad de modestos héroes de trabajos tambien arriesgados, como son las misiones, exploraciones de la Tierra, explotacion de minas y ferro-carriles, ensayos científicos y tantas otras nobles empresas, en que á costa de su salud y aun de su preciosa sangre, desembarazan estos mártires de la civilizacion el árido y espinoso camino de la verdad y del bien.

La verdad en definitiva es, que el repetido toreo es una mezcolanza, un nefando contubernio de audacia y maña, en que la muerte atisba la humana presa, no contenta con la

del bruto que se le ofrece en holocausto; y que esa seguridad interior del aficionado, porque exterior no la tiene ni el lucero del alba, de que el lidiador no sucumbirá; esa frase de vamos á ver *como no muere* el hombre, síntesis de la apología taurina de *El Respingo*, es un cruel sarcasmo ó por lo ménos una ridícula fatuidad, que la experiencia condena á cada instante manchándose los circos de sangre humana, ya que no le llamemos una criminal indiferencia hacia la vida del hombre, torpemente disculpada con esa estúpida confianza en un empírico manejo que no es ni será nunca un arte racional.

No es posible, no, el entusiasmo por toros, más que en los que tengan el repugnante y abominable vicio, la satánica voluptuosidad de ver á un infeliz torero esclavo de su ignorancia, gladiador festejado de los tiempos modernos en España, resolviendo el pavoroso problema de matar ó morir, y saliendo como puede del inminente peligro á que indirecta pero eficazmente lo conducen sus mismos entusiasmas. ¡Horror de naturaleza!

Desechando ideas lúgubres, recordaremos en este momento, apropósito del despropósito de *cómo no muere el hombre*, la verídica contestacion dada á la justicia por cierto célebre gitano de estas tierras de Andalucía, á quien uno cogió infragante suspendiéndole el reloj:

«Caballeros yo no soy *chori*, dijo; sino que me entretengo en ver *cómo no se dejan robar* estos *chavositos*.»

Terminaremos estas cuatro ó más palabras, haciendo observar al autor de *El Respingo*, que por grande que sea su queja contra el Sr. Guerola y contra los innumerables, por no decir infinitos, á quiénes acusa de materializar (?) el magnífico espectáculo de las corridas de toros, inconmensurablemente mayor será el disgusto que contra él mismo sentirán todos sus congéneres en la afición al toreo por su manía de idealizar lo que es prosaico, plebeyo y canallresco de suyo; y porque, gracias á sus intemperancias dialécticas, ha venido á demostrarse sin apelacion, por la inflexible lógica, que es tambien irracional lo que hasta ahora se tenía simplemente por cosa fea, sucia y cruel.

¡Qué amigos tienes, Benito!

.....
Casi nos contentaríamos con que no
muriesen caballos de tan desastrosa
y fea muerte.

VALERA.

I.

El pez grande se come al chico, dice uno de los pocos aforismos de la sabiduría de las naciones, vulgo refranes, que no han sido desmentidos andando el tiempo. Por el contrario; este célebre adagio ha adquirido toda la importancia de una verdadera sentencia, á medida que los hombres se han conocido mejor á sí mismos; y hasta ha llegado á ser un axioma fundamental de cierta ciencia nueva bajo el nombre de *lucha por la vida*. Y pues que la ciencia nada inventa, limitándose estrictamente á explicar y enlazar los fenómenos, claro es que la naturaleza habrá demostrado perentoriamente que el último mono es siempre el que se ahoga, cuando así lo afirma la moderna escuela ecónomo-biológica.

De la necesidad de vivir surge, en efecto, la lucha y de esta el indefectible triunfo del poderoso; el que las razas superiores hayan anulado, conquistado y sometido á las ménos bien organizadas, y los hombres enérgicos y vigorosos ocupado á sangre y fuego las más fértiles regiones de la tierra, espulsando, destruyendo y esclavizando á los débiles y estólicos que ántes las ocuparan; sucediendo siempre, en esta no interrumpida série de desdichas, que los últimos en el órden gerárquico providencial han sido las víctimas, si no de la perversidad, al ménos de la conveniencia de sus privilegiados vencedores. Esta constante ley de la dominacion, tan natural y necesaria como la de la gravedad ó la de las tormentas, se dulcifica, por fortuna visiblemente, en la

manera de ser realizada por el hombre y la sociedad, á compas del aumento de bienestar ó de la progresiva abundancia de medios de existencia que, aplacando la voraz concupiscencia, permite la aparicion y desarrollo de las ideas morales, cual verdadera efflorescencia de la paz ó de las treguas concertadas en la terrible lucha por la vida.

Y entónces aparecen la filantropía, la lástima, la generosidad, la abnegacion, y toda la gran balumba, permítasenos la palabra, de dulzuras sociales que tanto vituperan los inconscientes adoradores del salvajismo primitivo, y á las que éstos dan el nombre de *sensiblerias*, sin duda para ridiculizar los más nobles sentimientos.

Gracias, sin embargo, á estos progresos morales debidos á los adelantos positivos de cada pueblo, vemos en la historia de la humanidad un constante desarrollo de las nociones de equidad y de justicia que deben regir el ejercicio del dominio, así sobre el hombre como sobre los demás séres de la creacion, lo cual demuestra que la fuerza desaparece lentamente ante el derecho.

Compárese, por ejemplo, la antigua ley romana que daba al acreedor derecho de vida y muerte sobre el deudor, y hasta permitía mutilar al insolvente y distribuir sus miembros entre los diversos prestamistas, con la ordenanza municipal de Gibraltar que multa y castiga al dueño de una caballería cuando no la aparea convenientemente para evitarle llagas y heridas en el penoso trabajo que le ocasionan las cuestras de este extranjero observatorio de nuestras desventuras patrias, y tendremos lugar de convencernos de lo que vá de ayer á hoy en materia de moral pública. (*) Pero si entre la anécdota del judío Shylock, disponiéndose á mutilar á su deudor allá en los primeros siglos del cristianismo y la del ilustre naturalista Jusieu privándose del agua en el desierto de Asia para alimentar á un tierno vástago de cedro del Líbano que trajo á Europa como objeto digno de la consideracion de los hombres, existe un abismo moral,

(*) Por la eficaz iniciativa de la noble SOCIEDAD PROTECTORA DE LOS ANIMALES Y LAS PLANTAS, se han añadido á las Ordenanzas municipales de Cádiz varios artículos semejantes, que se hallan en vigor desde el 14 de Noviembre de 1876, para honra y prez de esta culta ciudad y de su ilustrado Ayuntamiento. (N. DEL A.)

no es menor por desgracia el que queda todavía por salvar entre las costumbres casi feroces de muchos pueblos y las dulces y benéficas de otros más adelantados en la carrera de la civilización. Sin embargo, aunque el nivel moral no asciende por igual en toda la superficie de la Tierra, es un hecho comprobado hasta la saciedad, que el ejercicio de la dominación se modifica en todas partes favorablemente para el débil en razón directa de los progresos materiales, y que si es, en efecto, ley de la naturaleza que el pez grande se coma al chico hasta el día del juicio, juicioso es pensar que este sacrificio ha de ser consumado más dulcemente cada día, en virtud de los adelantos positivos siempre crecientes en el mundo.

Sirvan estas breves consideraciones de anticipada contestación á los que, atribuyendo todo anhelo de paz y de justicia á puras ilusiones de la loca fantasía, á vanos idealismos de entendimientos extraviados ó á disimulados programas de perfectibilidad política y social, puedan ver en este humilde memorial algún conato de alimentar lo que ellos llaman el fuego fátuo de las ideas modernas. Ellas demuestran por el contrario, que sin recurrir á principios filosóficos, sin invocar autoridad, escuela ni dogmatismo alguno, sin apelar á Zoroastro ni á Confucio, á Heráclito ó Demócrito, Platon ó Kant, Krausse ó Hegel, sino fundados única y exclusivamente en el hecho, brutalmente lógico, de que la humanidad, á medida que asegura su existencia material es más dulce y suave en los procedimientos del dominio sobre todos los seres; y que apoyados solamente en la marcha segura, positiva, ostensible, hacia el ideal moral en los países que saben trabajar y enriquecerse, podemos protestar, y protestamos con todas nuestras fuerzas, contra el abuso sobre los seres débiles.

Y afirmamos que, no es sólo incompatible con la moderna economía de las naciones cultas la crueldad sobre el hombre, sino la ejercida sobre los animales; ó en otros términos, que es un absurdo anacronismo en cualquier sociedad civilizada, sostenido por la incuria y ceguera de determinados individuos y por el desconocimiento del momento histórico en que vivimos de parte de los poderes sociales,

todo acto que revele públicamente instintos sanguinarios y feroces, que debieran ser patrimonio exclusivo de hambrientos salvajes.

Por desgracia vemos que estos instintos se revelan; aquí, pagando un precio exorbitante por un asiento para contemplar cómodamente los últimos gestos de un ajusticiado; allá, haciéndose sacrificios para presenciar los horrores de una batalla; acullá, atropellándose los hombres para ver el martirio y la muerte de benéficos animales; todo lo cual nos hace comprender, que existe cierta feroz levadura en el corazón humano; pero lo que no acertamos á esplicarnos es, que la ley, la fiel emanación de los sentimientos de la mayoría ó de la más escogida porción de la humanidad, enmudezca ante tales horrores, y no ponga freno á las manifestaciones de la víbora que en el hombre se anida, ora sea triste legado de su primitiva condicionalidad, según los unos, ora una degradación del sér humano que, según otros, salió perfecto de las manos del Creador.

Como quiera que sea, es de urgente necesidad que en España, concretándonos á lo que de cerca nos atañe, se destierren antiguos hábitos de barbarie y se declaren punibles todas las prácticas contrarias á la civilización actual; porque, así como en el orden económico son justiciables, aquí y en todas partes, las acciones que tienden á perturbar el desarrollo de la riqueza pública, con mayor razón debe ser castigada toda crueldad, aun ejercida sobre los animales, como rémora opuesta á la generosa corriente de las ideas dulces y benéficas.

Sépase, en fin, que no abrigamos la ridícula idea de negar al hombre su plena facultad de servirse para su alimentación, su descanso y su placer, de todos los animales de la tierra, del aire y del agua; pero sí afirmamos, que este derecho no puede consistir actualmente, contrariando la práctica del mundo civilizado, en la potestad absoluta de abusar bárbaramente de seres inermes, totalmente incapacitados de resistir á sus verdugos.

¿Pero dónde, se suele preguntar, concluye el uso y comienza el abuso?

La contestación, á grandes rasgos, es bien sencilla.

Hay abuso, siempre que por el bárbaro placer de ver sufrir á un sér sensible, especie de fruicion satánica de naturalezas depravadas, se somete á una pobre bestia, por fiera, inferior ó perjudicial que sea, al martirio y la tortura, tan sólo porque sea necesario exterminarla.

Cuando por ira, avaricia ó cualquier otra pasion brutal, se hiere, golpea ó maltrata á los seres irracionales, benéficos é indefensos.

Y hay abuso, en fin, en todos los casos, harto frecuentes por desgracia, en que por una diversion pueril, sin trascendencia bienhechora y desprovista siempre de verdadera belleza, se condena un mísero animal á crueles tratamientos, al martirio y la muerte. Y acerca de estos tres casos de abuso, creemos que no habrá discusion posible entre personas sensibles y de recto sentido.

Fundadas en este sencillísimo criterio, debieran las naciones que aun permanecen indiferentes al movimiento moral de la época, establecer leyes positivas para amparo de los indefensos animales, imitando á los pueblos más cultos de la Tierra, cuyo más preclaro timbre consiste precisamente en su religioso respeto hacia la vida de todos los seres, y en su afan de evitar á los míseros animales todo innecesario sufrimiento; porque en tan envidiables paises se reconoce que la compasion, ya que no la justicia, hacia los brutos, es el último sello de la perfeccion moral.

Esto sentado, fácil es comprender cuan urgente es para España la extincion de las corridas, mil veces más crueles que las luchas á que en otras partes se provocan terribles fieras; porque en los toros campea el más lamentable olvido de todo sentimiento benéfico, no sólo hacia las bestias, sino respecto al llamado Rey de la creacion.

Al llegar á este punto, la equidad, aun más que el amor patrio, nos obliga á entrar en algunas explicaciones, si no para excusar las corridas, para demostrar al ménos, que, no España, sino algunos españoles, son los verdaderos responsables de estas detestables funciones; y que aun la inmensa mayoría, por no decir todos los sostenedores del toreo, es hasta cierto punto irresponsable de la ferocidad que apa-

rentemente ostenta en perjuicio del verdadero carácter nacional.

Sabido es en primer lugar, que las corridas, á semejanza de las justas y los torneos, tienen un noble y hasta racional origen, que en algun modo atenua y explica su perpetuacion sin necesidad de atribuirla á perversidad de sus partidarios.

La lidia de toros fué en la antigüedad un ejercicio de destreza, audacia y energía, perfectamente adecuado y hasta necesario para la clase de vida y costumbres de los caballeros españoles, así cristianos como moros, que en perpétua lucha por la vida y las creencias, necesitaban ante todo ser fuertes para vencer á sus adversarios.

En son de fiesta era el toreo una escuela de intrepidez, un eficaz estímulo para el pueblo, que veía á sus señores entregarse voluntariamente al peligro, sin otra mira aparente que el mostrar su valor y lucirse ante su dama, viniendo á resultar, que la necesidad de ejercitar el ánimo en las empresas difíciles, la idea política de imponerse á la plebe, y hasta las prácticas galantes de aquella heroica raza, coincidían admirablemente para que los magnates, los guerreros y el pueblo, consideraran las corridas como una institucion pública y como la más genuina expresion del valor nacional. Y la prueba es, que aun despues de adulterada la primitiva significacion de estas luchas, por haberse hecho mercenario el oficio de torero, é infamado por las leyes de Partida (*), la gran Isabel I no pudo prohibirlas, apesar de haberlo intentado y de su incomparable firmeza en las resoluciones, por lo que dijo á su confesor:—*«Esto no era para mi sola.»*

Viniendo á nuestros tiempos, en que el toreo ha perdido todo su primitivo prestigio, toda su razon de ser y hasta el aspecto material y puramente plástico de otras épocas, necesario es demostrar, en descargo de sus aficionados, que no los malos sentimientos, sino errores de concepto, estrechez de miras, debilidades de carácter y otra porcion de pequeñas miserias, son los estímulos que llevan público á las plazas,

(*) E así dezimos que son enfamados los que lidian con bestias brauas por dinero que les dan. Ley iv, tit.º vi, Partida 7.ª

para bóchorno del resto de los españoles y afrenta del País.

En efecto: asisten á las corridas en primer término, ciertos caballeros fanáticamente románticos, adoradores de lo antiguo, que creen ver la resurreccion del rey D. Sebastian de Portugal y del Cid Campeador entre los cristianos, de Gazul y Alabez entre los caballeros moros, disputándose el honor de rendir al toro ante la señora de sus pensamientos, cuando aparecen en el redondel los actuales diestros españoles y gitanos, segun la distincion, un tanto altanera, que hace el pueblo, vestidos afeminadamente á lo majo, empuñando con más ó ménos garbo los trapos con que burlan á la fiera y los primitivos instrumentos de la matanza. Triste y ridícula es esta ilusion; pero forzoso es reconocer que estos espectadores no pueden ser tachados, en conciencia, de feroces matamoros. Confunden lastimosamente las ideas, y hasta llegan á convencerse de que hay mucho de poético y de sublime en las carreras, batacazos, gritos, votos, peleas, borracheras, pinchazos y degollinas de estas crueles parodias; y como entre estos idealistas se encuentran ¡ay! algunos de los más poderosos señores del País, no faltan escritores y vates que sostienen, pluma en ristre, que las plazas son verdaderos monumentos de nuestras glorias nacionales, y los toreros la personificacion misma del heroismo castellano.

Siguen á tan cándidos personajes los grandes magnates, cuya asistencia á las corridas y predileccion por los toreros, héroes del populacho, nada tienen de crueles, en el sentido que en este caso damos á la palabra. La benévola actitud de estos señores es simplemente un programa, una invocacion mimica, que si se descifrara diría poco más ó ménos lo siguiente:—«Hijos míos, toreros y granujas de esta tierra, sed todos amigos nuestros, porque vosotros sois las niñas de nuestros ojos. ¡Cuán dichosos seríamos nosotros si todos los españoles se encontraran á vuestra altura intelectual y moral! ¡Cuán fácil nos sería entonces el vivir como verdaderos bienaventurados! ¡No nos molestarían ciertamente en tan feliz estado ni quisquillosos pensadores ni intolerantes contribuyentes! Por eso os atraemos, por eso os convidamos, por eso os adulamos; por eso, en fin, nos quitan el sueño vuestros tropiezos y vuestras cojidas. ¡Lástima es que no

fuerais un ejército que pudiera librarnos de tanto impertinente moscon como trabaja y cavila!»

Al par de aquellos pobres ilusos y de estos ricos maquiavélicos, sostienen el crédito de las corridas ciertos seres de reciente formación, como dicen los geólogos, ó sea gente de medio pelo, hombres de pacotilla, que presumen de visibles y anhelan adquirir importancia en el barrio y el café imitando á los señorones principales, y no estando á su alcance el realizar sus propósitos más que en lo puramente externo como el vestido, los ademanes y las opiniones, puesto que propias no las tienen, se apresuran, siguiendo su programa, á concurrir á las funciones que aquellos favorecen sean sermones ó can-can, procesiones ó corridas, y á celebrar y festejar, así á los toreros como á todo lo que se pone de moda, porque ellos son meros cortesanos de las prosperidades. Para este gran tipo se inventó en Cadiz el mote de *cursi*; y ya se comprenderá que estos buenos sujetos tienen más de pastosos que de bravos, más de monos juguetones que de tigres carniceros.

Vienen despues los pobres diablos, jalcadores bravucos y ocasionales devotos de Baco, que de la mejor buena fé y sin ver más allá de sus narices, incapaces por lo demás de matar una mosca, se creen autoridad en el arte de Romero y Costillares, y hábiles á su entender para dar un volapié al mismísimo toro del Zodiaco. Para estos zarabuteros escribió el festivo Quevedo la siguiente quintilla:

Los lectores del toreo
Graduados de balcón,
Que en salvo vierten poleo,
Tienen parlado rejón,
Y muy poquito pelea.

Concurre, como tropa ligera, la llamada turba multa, gente menuda que parece ser la única que goza en las atrocidades del toreo, al ver que pide á voz en grito, caballos, fuego, perros, media luna y otros estímulos igualmente suaves, para castigo del desdichado toro que *no sale* suficientemente feroz á juicio de esta interesante parte del público; pero la verdad es, si se ha de ser justo con esta *fementida canalla*, que sus vehementes demostraciones no

nacen de su mal instinto, sino de la artificial excitacion que le produce el espectáculo: de la irresistible atraccion del abismo.

Rellenan tambien las plazas, los muchos desocupados que acuden donde quiera que hay reunion, y los no pocos que gustan de la falaz perspectiva del alegre concurso, de la solemne salida de la cuadrilla y de otras escenas más ó ménos pueriles; los cuales generalmente se aburren al primer toro, porque en el fondo les cansa la monotonía de tan largo espectáculo, y les repugna lo cruel y nauseabundo del argumento. Dicho se está, que los sentimientos de estos espectadores no corresponden al carácter feroz de la fiesta.

El bello ideal de esta tambien se funda, en la facultad omnimoda que tiene, ó se toma, todo bicho viviente, de alborotar, embromar, apostrofar y hasta injuriar al individuo, al público, á los lidiadores, á la autoridad—oh! á la autoridad sobre todo—deliciosísimo desahogo para los muchos que no encuentran en su vida ordinaria quien les escuche ni conteste los buenos días. Convengamos en que todas estas causas de aficion á los toros seran soeces y cómicas, pero no sanguinarias.

Por último, las corridas, se sostienen por la consideracion económico-política de que estas fiestas, por el hecho de atraer gentes de todos los lugares, son convenientísimas para el fomento de las localidades en que se verifican; de donde resulta, que casi todos los pueblos de España pugnan por tener su correspondiente placita, por aquello de que habiendo jaula habrá pájaro: sin observar que sólo los taberneros y á veces los fondistas, son los únicos explotadores del presupuesto taurino, en tanto que para el resto de los vecinos del favorecido pueblo, la funcion no es otra cosa que un pérfido estímulo para disipar recursos, sin ninguna compensacion útil ni moral. Pero los gobiernos conceden cuanto se les pide en esta materia, y el público que hemos descrito dice que se entusiasma, y todo ello sucede porque sí... y basta.

Explicadas voluntariamente y con perfecta sinceridad las causas verdaderamente inocentes, por mucho que sean ridículas, que llevan público á las plazas é impiden á los concurrentes el fijarse en todo lo horrible del espectáculo,

nos creemos perfectamente autorizados para hacer notar que lo que sobre todo agrava la ferocidad de esta fiesta, lo que deslucen su brillo, adultera el arte del toreo, corrompe el sentido moral del pueblo y la convierte, en fin, en un verdadero oprobio para la nación, es la creciente manía, que se advierte hace algún tiempo, de hacer consistir el mérito de la función en el relativo número de caballos que en ella se destrozan. Tan bárbaro como inútil tratamiento con estos nobles animales, ha venido á ser, por varias miserables causas, lo sustancial de las corridas, sin tenerse en cuenta que los toros se bastan y se sobran para satisfacer á los conatados aficionados á escenas sucias y crueles, sin necesidad de nuevos estímulos para el paladar artístico de estos modernos Atridas.

Ha dicho en letras de molde un entusiasta de pura sangre:—«¿Qué son cuatro gotas de *idem* comparadas con la grandeza del objeto?»—y como suponemos que no aludirá á la sangre humana que muchas veces se derrama en las plazas por la incomparable sublimidad de ver degollar un toro, porque no creemos á nadie tan desalmado, ni sobre todo tan cándido, que aun siéndolo lo confiese, tenemos que admitir que sólo se refiere á la sangre de los caballos: pues bien, nosotros intentamos demostrar del mejor y más claro modo que nos sea posible, que el brutal y odioso tratamiento que se emplea con estos míseros seres, exige una reforma radical; que vamos á esforzarnos por obtenerla, y que si no conseguimos nuestro objeto, sostendremos ante el mundo entero que esta feroz costumbre, este desconocimiento de las más vulgares nociones de moral, esta barbaridad en fin, es por sí sola bastante para que en toda España deban quemarse las plazas y aventarse sus cenizas.

II.

Muy digno y justo es, que cuando no podemos explicarnos la razón de las inundaciones y los rayos, de los terremotos y el cólera morbo, nos resignemos piadosamente ex-

clamando: Dios lo manda! pero fuera injusto, indigno y lo que es peor irreligioso, el tolerar de bueno ó mal grado, sin la debida protesta, las terribles calamidades con que tan amenudo nos aflige el hombre; porque segun el dogma, este señor de la Tierra, es un ser racional y responsable que sólo deberá hacer lo que ordena la doctrina. Así es, que si no podemos botar la carga al agua, como hacen los náufragos en las tempestades, cuando nos echan á pique las injusticias y las miserias humanas, debemos castigar, ó por lo ménos denunciar á los autores de toda clase de tropelías y desafueros, no sólo criminales sino aun procedentes de los errores, aberraciones, supercherías, supersticiones, picardigüelas y hasta pecados; del yugo, en fin, de los afortunados que, por diferentes caminos, han logrado imponer su voluntad á los míseros mortales, sin contentarnos con aquello de, «nada hay escrito acerca de gustos,» «las opiniones son libres,» «las creencias son respetables,» «el que manda manda,» y otras mil zarandajas con infulas de apotegmas inventadas, sin duda, por los que están encima, para seguir su juego de compadres, justificar sus depredaciones, absolverse mutuamente y sostener su prestigio ante las clases pasivas (*) porque esa tan aconsejada conducta de oír, ver y callar, esa apatía, por no decir indolencia, que permite sufrir en silencio la injusticia, se avecina y confunde con la cobardía y la vileza.

En efecto, si somos racionales, segun todos afirman, apesar de los absurdos que creemos y de los groseros errores en que á cada instante incurrimos; si tenemos voluntad libre, y esto no puede dudarse en vista de los muchísimos disparates que hacemos, y muy principalmente porque desde el origen han existido en todas partes pomposísimos industriales dedicados á explotar los casos de... responsabilidad que del buen libre albedrio se derivan; si somos, por último, seres sensibles, natural es que podamos y debamos y queramos investigar la razon de las cosas que hacen y dicen los hombres y la sociedad, puesto que entre éstos y nosotros no debe haber remilgos ni repulgos, porque en re-

(*) Entiéndase que no aludimos á las presupuestívoras, si no á la multitud que nada cobra y todo lo paga, y aguanta pasivamente.

sumidas cuentas todos somos del mismísimo paño, y sabido es que entre sastres no se pagan hechuras.

Exceptúese, norabuena, de toda investigacion la causa eficiente de las corridas de toros; porque ya sabemos de buena tinta que este interesante hecho social-español tiene su razon de ser en las profundas circunvoluciones cerebrales de la señora *Porque sí*, deidad descubierta por el malogrado Olona; y porque, sobre todo, es de evidencia que hombres insignificantes como nosotros, por ejemplo, no deben penetrar en los arcanos supernaturales; pero fuera de esta tesis especialísima y aparte de este caso que podemos llamar casi de fé, nadie podrá negarnos la facultad de expugnar todas las fortalezas de los errores y de los abusos sociales. Respectaremos, si, todo lo de tejas arriba, campo exclusivo de aquellos que, como el mencionado poeta, tienen una imaginacion fecunda y una rara habilidad para vivir de sus peregrinas invenciones; pero reivindicaremos nuestro derecho de hablar del piso bajo ó por lo menos del zócalo del edificio, siquiera sea en desquite de no pertenecer á los escojidos para la mitología, que deberá ser cosa entretenida, gloriosa y, dígase lo que se quiera, extremadamente lucrativa.

Dejando á un lado estériles consideraciones acerca de la poesía y de los poetas, insistiremos en que si es por todo extremo evidente que no podemos discurrir á nuestras anchas acerca de asuntos olímpicos, ni tampoco recusar el omnímodo poder de la reciente diosa, ni condenar por consiguiente lo que ella santifica, tenemos en cambio la indisputable facultad de someter á nuestra más amplia crítica el horrible descuartizamiento de caballos á que los buenos de los toritos dan origen.

Y en este caso hablaremos, discutiremos, chillaremos, alborotaremos hasta enronquecer, en desagravio «del más importante de cuantos animales salvajes, como dice Buffon, ha reducido el hombre al estado doméstico, por fogoso, sumiso, animoso y dócil, altivo, valiente y sobrio, que divide con el hombre sus peligros, sus fatigas y sus glorias, que, no ménos intrépido que su dueño, conoce el riesgo y lo arrostra:» del caballo, añadimos nosotros, á quien despues de haber agotado sus fuerzas y su vida en servicio de su señor,

se le hace sucumbir martirizado en las plazas de toros de esta tierra clásica de la hidalguía; y no en aras de algo útil, bello ó bueno, como vamos á demostrar de seguida; sino en interes de viles agiotajes y para satisfacer la malicia, la codicia, la avaricia, la sevicia y toda la característica inmundicia, de cierta gente bellaca y gitanesca.

Analícemos.

Es, en primer lugar, innecesario para desbravar la fiera, el destrozar caballos; porque todos saben que antiguamente se conseguía este objeto por picadores hábiles, apesar de ser entónces los toros que se lidiaban de más edad y escogidos, y por consiguiente más boyantes y pegajosos que los que en el día se placean. Pero aquellos hombres eran buenos ginetes, muy forzudos y grandes conocedores del ganado y tenían á gala el sacar á salvo la montura, la cual se les regalaba como premio á su pericia.

Ménos aun puede aducirse, en pró de la barbaridad que hoy se practica, la necesidad de defender al picador; porque basta presenciar la actual manera de ejecutar la suerte á que aludimos, para convencerse de que, por este malhadado sistema, cualquier toro de sentido y adiestrado en cornear ha de poner en grave riesgo la vida del ginete. Para picar en regla, es necesario conocimiento, serenidad, destreza, fuertes puños y un buen caballo; condiciones que hace tiempo faltan á los picadores. Por esto, cuando llega un caso de apuro acontecen lances trágicos; *verbi gratia*, la muerte del desgraciado Cárlos Puerto, quien no carecía ciertamente de ninguna de las cualidades personales para el objeto, pero que no tuvo un caballo adecuado, aparte de que el toro que le hirió no era apropósito para ser picado en los medios de la plaza, á lo cual le obligaron, segun es ahora la costumbre, fijándose en la flojedad de los toretes que se lidian hace ya muchos años.

El método moderno que sólo consiste en entregar jamelgos, no es solamente cruel, nauseabundo y muy arriesgado, sino contrario á los preceptos del arte: porque el picar tiene cabalmente su mérito y su gracia en resistir la acometida de la fiera sin caer, así como la de matar estriba en no dar pinchazos al monton, en no quedarse en la cuna, y en no

volar por el aire.—«El mérito principal de la suerte de pica, ha dicho el célebre Montes, en su Tauromaquia, consiste en que el toro no llegue al caballo y lo hiera ó mate;»—y en este caso, ¿cómo se explica que los que, con harto fundamento, toman por norma y juez inapelable al arquetipo del toreo, hayan olvidado tan por completo este sencillísimo precepto?

Si, por último, se consulta el interés pecuniario, fácil es comprender que, por muy malos que sean los picadores, con caballos sanos y resistentes, podrían defenderse y defenderlos mejor, lo cual produciría una no despreciable economía; porque es seguro, que por cada diez jamelgos que ahora sucumben, sólo moriría un caballo vigoroso.

Y he aquí demostrado que, bajo el punto de vista de la economía lo mismo que bajo el de las exigencias del arte taurino, en suma, por el aspecto de la utilidad, es perfectamente absurda la matanza que deploramos.

¿Se quiere averiguar lo que hay en ella de bello? Pues oigamos á un eminente escritor, honor de las letras españolas y hombre del gran mundo por añadidura.—«Para ver hoy los toros, dice el Sr. Valera, tenemos que contemplar asimismo la inmundicia cruenta con que son tratados los infelices jamelgos. Ellos sirven de diversion en las convulsiones y estertores de la agonía; derraman por la arena su sangre y sus entrañas; se pisan al andar el redajo y los sueltos intestinos y andan no obstante, á fuerza de los espolazos del picador, y en virtud de los palos que sacude en sus descarnados lomos un fiero ganapan, quien, innoble y groseramente, va por detras dando aquella paliza, á fin de aumentar el dolor y sacar del dolor un resto de movimiento y energía, en un sér moribundo, que si no tiene pensamiento, tiene nervios y siente como nosotros. Con escenas tales, no debería haber tan duro corazon que á piedad no se moviera, ni *sugeto de gusto artistico y de alguna elegancia de costumbres, que no las repugnase por lo groseras y villanas*, ni estómago de bronce que no sintiese todos los efectos del mareo.» (*)

Pasemos á investigar lo que hay de bueno ó de moral en esta inquisicion caballuna.

(*) «Pasarse de listo.»—Novela.

Al llegar á este punto, se hace necesario separar las dos ramas que contiene esta cuestion. La moralidad directa del hecho y la reflejada en las costumbres públicas.

Respecto á la primera, basta tener ojos para calificarla de cosa canibalesca; pero debemos confesar, que en España no puede condenarse, bajo el punto de vista jurídico, la matanza por placer, de los míseros animales, que ninguna ley condena; y donde tampoco es asunto de inmoralidad oficial, porque en los libros de texto, sean los de la ética griega ó los de la moral escolástica, no se habla nada del asunto, ni por consiguiente de la inmunidad de los caballos de toros. En buen hora que nosotros y otros cuantos *pamplis*, rebusquemos argumentos para demostrar, que eso de atormentar y destrozar vivos á los animales es cosa feilla; pero la verdad es, que carta canta como dijo el otro, y que contra la letra de la ley y los libros de educacion por el Estado, no hay lo de *tio, pásame usted el río*.

De aquí que, con harta razon podría argüírnos cualquiera, al ser amonestado por sus actos de crueldad hacia los animales, con aquello de—*¡Soy liberal!*—célebre frase que estuvo de moda por estas tierras, entre los que se jactaban de fieles observadores sólo de la ley escrita, cuando se les tachaba por la inobservancia de alguna de buena sociedad, por ejemplo, pero que no estaba en los códigos: (*) á lo cual no hay como contestar.

(*) Por si alguno de nuestros lectores ignorase la significacion de esta sentenciosa frase, y para evitar al mismo tiempo torcidas interpretaciones, vamos á explicarla.

Hubo en Cádiz, allá por el año de 20, un cabo furriel de la milicia ciudadana de aquella época, gran patriota y amante de Riego, y que á la caída del sistema perdió naturalmente los galones, sin que con ellos se marchara la necesidad de comer del cesante cabo.

Para atender á este «tirano déspota» del estómago, como decía el ex-militar, este buen señor hubo de industriarse, como Dios le dió á entender, hasta que al cabo, nuestro ingenioso idem, apesar de su ignorancia, pues sólo sabía leer lo estrictamente necesario para aprenderse la Constitución de memoria y escribir lo bastante para garabatear su nombre, consiguió poner una escuela de primeras letras.

Entre sus muchos alumnos, porque los hijos de Padilla lo protegían decididamente, tuvo el improvisado dómine al único heredero de un cabo también, pero de la policía de Malvar, quien, apesar de su empleo, tenía ciertos humos de ilustrado y ocultas aficiones á los comuneros, queriendo por ende que su hijo se educase para futuro demócrata. El chico, mal que bien, sabía deletrear y hacer garrapatos con la pluma; pero no conocía los números ni sabía sumar dos y dos. Amestazado el padre, tomó un día el baston de auto-

Por esto nada hemos dicho, ni diremos, en agravio del individuo taurómano, limitándonos á proferir amargas quejas, porque los gobiernos no hacen leyes protectoras de animales.

Tratemos ahora de la segunda parte de la tesis, ó sea de la influencia desmoralizadora que tienen estas bárbaras escenas en el espíritu público; porque nadie podrá negar, que funciones de esta especie han de trastornar la cabeza y llevar hasta el delirio en la crueldad á los muchos infelices, por lo ménos, que no reciben otra educacion ni más enseñanza que la que ofrecen tan sanguinarios espectáculos. Para muestra vaya un ejemplo.

No hace mucho que los periódicos refirieron una costumbre de los discípulos aprovechados de la escuela taurina en cierto puerto de mar del norte de España, de cuyo nombre no queremos acordarnos, que no dudamos edificará á nuestros lectores.

Parece ser, que á la gente del pueblo que no puede asistir á las corridas, se le permite—¡valiente autoridad!—como compensacion á su forzada abstinencia, el apoderarse de los caballos que resultan heridos y estropeados en la plaza, para que con ellos se entretengan los pobrecitos desheredados. En efecto, estos inocentes, á ciencia y paciencia de los señores importantes y graves y hasta *poetas*, que no faltan por cierto en el pueblo, con la más cándida alegría y la más bucólica algazara que pudo imaginar Anacreonte, arrastran los caballitos hasta el mar; allí los arrojan, y comienza la verdadera fiesta. Y es cosa de ver las ansias y los esfuer-

ridad para ir á tratar de potencia á potencia con el improvisado maestro de escuela acerca de los métodos de enseñanza, y pedirle estrecha cuenta de la ignorancia de su hijo, á quien él, en sus sueños, destinaba para diputado ó ministro cuando volviera la NETA; y se entabló entre los dos cabos el siguiente diálogo:

—Oiga V., señor «magister»: mi niño no sabe sumar.

—Lo sé; pero es porque yo no enseño «de cuentas.»

—Aquí te quería yo coger, contestó el polizonte, apeándole el tratamiento y blandiendo el palo; ¿y por qué no?

—Porque la Constitución manda que los españoles sepan leer y escribir; pero no dice una palabra de contar, y ¡yo soy liberal!

De esta verídica historia se sacó el argumento de un chascarrillo inventado para ridiculizar el sistema, en el cual se decía que la omision constitucional acerca del contar, era porque sus autores sabían que con aquella vendría la decadencia y no habría qué hacer cuentas.

zos con que los estúpidos animalejos, que aun conservan el instinto de conservacion y algun poco de energía, disputan á las olas su miserable vida, empenándose en ganar la tierra.—¡Serán egoistas!!—Por fortuna, en estos impotentes alardes de autonomía caballar, estriba lo delicioso, lo voluptuoso, lo espasmódico de la funcion. La previsora turba acecha en la orilla estos verdaderos actos de rebeldía, y cuando las distancias se acortan, arroja á la cabeza de los imprudentes náufragos toda clase de proyectiles, saltándoles algun ojo ó destripándoles el cráneo, en justo castigo de su espíritu de rebelion...

Y despues de todo, creemos de buena fé que, en materias de moral en accion, este benigno pasatiempo es lo ménos que debe esperarse de habitar las masas á la heróica fiesta nacional!

El espectáculo de la injusticia; la vista de actos crueles y del derramamiento de la sangre del más simpático de todos los animales, debe hacer capitular fácilmente con la idea de triturar al hombre mismo; y es lo raro, que estos prólogos del crimen no lleven más léjos á las turbas.

Vencidos en todos los terrenos, los celosos sacerdotes de *Porque sí*, pretenden, por último, aplastarnos con el contundente y conocido argumento de que el público gusta de salpicon de caballos,

Y pues lo paga, es justo
Matar jamelgos para darle gusto;

pero nosotros vamos á probar que este gustito, exclusivo de la abandonada plebe, tiene su origen en la decadencia de la tauromaquia; y su perpetuacion, en los innobles medios que han puesto y ponen en juego los contratistas, ganaderos y cuadrillas, quienes de él han hecho un instrumento de granjería.

«Vemos diariamente, decía Montes, hombres muy bien proporcionados, pero sin más conocimiento que el que han adquirido en el campo derribando reses, y sin otra práctica de tomar por delante, que la de haber dado algunos pinchazos en las tientas á becerros erales ó utreros:» pues bien, desde su tiempo hasta el día de hoy, el mal que Montes de-

nunciaba ha llegado hasta sus últimos límites; y naturalmente, el destrozo de los caballos ha debido aumentar en razon directa de la creciente falta de buenos picadores; esto es obvio.

Pero lo que no se ve tan claramente á primera vista, es que de esta misma causa de ruina para los especuladores taurinos, hayan sacado un gran partido estos habilísimos traficantes, haciendo servir á sus designios la matanza caballuna, cuyo incremento han estimulado despues por todos los medios imaginables.

Al principio de esta crisis de picadores, empezaron á emplearse animales muy defectuosos, enfermos y raquíticos, que, montados por hombres inhábiles y endebles, constituían unos centauros de carton que daban lástima y grima. Puestos al unísono hombre y caballo, pronto hubo de notarse que el remedio era peor que la enfermedad; pues por mucho que los pencos se abaratasen, eran tantos los que despachaba cualquier toro, y tan grande el número de los picadores inutilizados y huidos, que fué necesario recurrir á un nuevo expediente para no perder el dinero en el negocio. Entretanto aumentaba ese gusto, que ahora se invoca, por la matanza; no porque ésta fuera por sí misma el objeto de la funcion, sino porque el público, que en general entiende poco de achaques taurinos, llegó á persuadirse de que la bondad de una corrida está en razon directa del número de caballos muertos; y aquí tenemos la base filosófica de la astuta maniobra de los tratantes en cuernos. El público, dijeron estos, juzga de las corridas por los pencos reventados; á nosotros nos revientan (términos de matadero) los desembolsos; caballos buenos, por otra parte, no hemos de entregar á estos pincha-monas de picadores, porque sería aumentar nuestra derrota; luego aquí no hay más salida que la de correr torillos tiernos... pero en este caso no morirán caballos y nos vendrá la ruina por la ausencia del público, que sólo aplaude cuando hay carne larga!

Horrible situacion. Murió el negocio!

Así hubo de pensar algun apocado contratista, y de seguro que la *morriña* de esta respetable clase habría sido inminente, á no venir en su ayuda los ganaderos y toreros

mismos, igualmente interesados en la continuacion del arte nacional. Supongan nuestros lectores que se celebraron congresos ó conciliábulos, que se instituyeron hermandades, cofradías ó ligas, que poco importa saber de qué manera llegaron á entenderse los interesados; pero sépase que se aprobó esta sencilla fórmula restauradora, compuesta de dos artículos: 1.º Disminucion de la cuarta parte de los toros. De ocho que ántes se lidiaban quedaron en seis. 2.º Rebaja dos años, por lo ménos, en la edad de los mismos. De seis á siete yerbas que ántes contaran, bastaríales en adelante de cuatro á cinco, todo lo cual proporciona una economía de unos veinticuatro mil reales por corrida. Dedúzcanse de esta cantidad hasta cuatro mil, por el valor de seis ú ocho pencos que se hacen matar de más en cada *vista*, (olvidá-bamos esta reforma académica,) para que el público comprenda que el arte avanza y vuela entusiasmado á presenciar tan estupendas habilidades, y siempre resulta una ganancia neta de una taleguita de pesos fuertes, que nos permite respirar, dirá alguno de los congregados, ahora que en España no hay recursos para buscarse la vida y donde, hoy por fas y mañana por nefas, van desapareciendo todos los modos de vivir honrados!

Pero, dejando á un lado vanas palabrerías, sigamos nuestra tarea.

Con arreglo al nuevo programa, los picadores hacen lo posible por entregar el caballo al primer choque; y tan pronto como el toro se declara abanto ó afloja, lo cual sucede siempre por ser casi becerros los que se lidian, salen las garrochas á los medios y aun los persiguen como á liebres, pero á pesar de esto nunca los alcanzarían, si los capotes no encerraran á la presunta fiera en un estrecho círculo—tal es la confianza que inspira el bicho á la gente de á pié—donde al fin consiguen los Laureanos y Corchados en caricatura, que el pobre animal embista mal que bien y mate ó hiera el caballo, pues sabiendo que no recarga, tienen los picadores la facilidad de bajarse muy cómodamente de su pobre víctima y encaramarse en otro jamelgo que ya le tienen preparado. Entra, por supuesto, en el plan de esta ridícula farsa, la mayor tardanza posible en la aparicion del

nuevo centauro que debe reemplazar al caído, á fin de que el público se impaciente creyendo que no hay caballos en el mundo, ni ménos picadores asaz tremebundos para tal y tan descomunal y nunca vista fiera. En estos casos empieza la gritería pidiendo caballos, se rompen algunas tablas de las gradas, vuelan por los aires toda clase de proyectiles, y los amigos confabulados dicen para su capote:—¡Ahí me las den todas!

La gente de á pié se huelga al mismo tiempo de trastear á un toro que no ciñe ni gana terreno, y el matador, aunque sepa recibir, cosa muy dudosa, se ahorra de meterse en los cuernos, porque el bicho no embiste; y al fin suele despacharlo, no ya de un volapié que hoy representa lo sublime del arte, si bien esta suerte la inventó Costillares sólo para los toros que se aploman, sino de un descabellamiento, extremo recurso de otros tiempos para evitar al matador el oprobio de la media luna.

Por medio de estas indignas maniobras de los pedestres y de los ecuestres, se demuestra al público inocentón, que el toro es un mónstruo antdiluviano y la cuadrilla un puñado de héroes, que han conseguido á costa de inesplicables riesgos, librar al mundo de tan gran calamidad.

Y si, por rara excepcion, el toro acierta á cornear con algun éxito, matando más caballos que lo de costumbre, siquiera haya sido para abrirse paso en la huida, entónces oh! el populacho se desgañita, inspirado, dicho se está, por algun fiel compadre del vendedor del bicho, pidiendo, como antaño en los romanos circos, la gracia de la vida para el estupendo gladiador con cuernos; y he aquí archiridículamente consagrada la celebridad de la ilustre prosapia, es decir, de la torada de un D. Fulano de Tal, hábil y campechanote criador de la familia cornuda.

De esta suerte, y por tan decentes arbitrios, y á costa de los desdichados caballos, se acreditan hoy ganaderías ménos que medianas, toreros de *camama*, como les llaman los verdaderos inteligentes, y se contenta á los espectadores que salen muy complacidos de la plaza y creyendo en prodigios, por haber presenciado la matanza de unos cuantos pencos, próximos, por lo demás, á morir de enfermedad y de vejez.

Y hé aquí de cómo las tales corridas han conseguido, como el ave fénix, resucitar de sus propias cenizas, para honra y gloria de nuestra patria y en bien de la moral pública y privada.

Historias son éstas que no honran á nadie, y que las autoridades, por infinitas razones, debieran... pero pasemos adelante.

III.

Todos los verdaderos inteligentes en el toreo, saben de memoria que el célebre Paquiro, con objeto de quitar á las corridas lo que tienen de «incivil y sanguinario,» aparte del martirio y muerte del toro, propuso varias reformas para seguridad de los lidiadores y de los caballos; pero hé aquí que ahora resulta, segun el testimonio de los modernos peritos, que Montes debió ser un cobarde y desde luego un retrógrado, por el mero hecho de reducir, en lo posible, la salvajez de la funcion. ¿Cómo, dicen estos intrépidos varones, se intenta quitar á la fiesta toda su sal y pimienta, suprimiendo una carnicería que tan necesaria es para nuestros heróicos temperamentos? ¿Qué son los accidentes naturales (?) de la muerte, comparados con el placer que ellos producen en un público que sabe sentir y hasta impresionarse (?) cuando ocurre algun lance desgraciado? Y hasta cierto punto debemos convenir con estos señores, en que nada hay más inútil que la sensibilidad del ciudadano en un espectáculo donde no haya un solo actor que se reviente físicamente; porque á la verdad esos poemas, esos dramas, esos idilios, tiernas ó terribles invenciones de Shakespeare ó Göethe, Musset ó Espronceda, Calderon ó Rojas, por más que no lo parezcan, son todas purísimas mentiras, y en cuanto á los dramas y tragedias teatrales está por demás decir que son incapaces de conmover á los que están en el secreto, y á los que ven salir en el sainete, bueno, sano y alegre, el mismo actor que poco ántes fué inhumanamente sacrifica-

do por un traidor. La desilusion del espectador enérgico en estos casos, deberá ser casi tan amarga y tan completa, como la de aquel perro de presa que se vió en un espejo y no pudo conseguir el devorar su imágen.

Verdad es, que desde que impera la nueva escuela taurina, los muertos y los heridos menudean de un modo prodigioso; pues si es cierto que los torillos que se lidian son flojos y novatos, tambien lo es que las cuadrillas son á su vez torpes y novicias; pero al fin de cuentas, todos estos percan-ces no valen un comino:

Que haya un cadáver más, qué importa al mundo!

Por lo que respecta á los caballos, fácil es comprender que no hay motivo posible de discusion: aparte de que, á favor de una lógica fina y puntiaguda como una espada de torear, se demuestra brillantemente que sin el menor escrúpulo se puede descuartizar un caballo vivo, para procurar emociones á los aficionados que ven turbio, y proporcionar el correspondiente lucro á los que trapichean viendo claro. Tambien dicen éstos: si el hombre no fuera árbitro de consumir estas hecatombes tan divertidas, tampoco debería serlo para matar los animales, segar los campos, moler el trigo y la aceituna, destripar la uva etc., etc.. sin todo lo cual, dedúcese naturalmente, que el enfermo no tomaría su puchero, ni el convaleciente echaría un trago, ni el pobre, en fin, podría saciarse con su mísero potaje. Pues, *velay!* y tienen razon que les sobra!!

Por fortuna para la civilizacion, los apologistas del toreo antiguo y moderno no tienen en el día solamente por cátedras y tribunas la oscura botillería, el ahumado café, la sucia taberna, el mentidero, el rastro, el ejido y los inmundos lupanares de cada pueblo; nada de eso: á compás de sus triunfos prácticos, han logrado llevar su predicacion teórica á la prensa misma, donde hoy se codean con los sabios, los artistas, los industriales y los hombres de pró; y decimos por fortuna, porque como no hay mal que por bien no venga, por esta inopinada y atrevida ingerencia en el campo de las letras, reciben estos *folicularios*, y vaya por la palabreja, su merecido providencial castigo. Así fijan de una manera

indeleble sus enormes absurdos, y se hace posible el combatir y pulverizar tamañas monstruosidades, sin que sus desdichados autores puedan rechazar sus propias afirmaciones, como calumnias inventadas para hacer sus ideas odiosas y repulsivas. Gracias á este progreso, se encuentran consignados en claras letras de molde tres estupendos argumentos, encaminados á demostrar que la matanza caballar es cosa baladí y siempre provechosa; prodigiosos partos de ingenios agudísimos, que vamos á analizar con el mismo amor y escrupulosidad que emplearía un fanático naturalista, al estudiar el nuevo y nunca visto ejemplar, que encontrar pudiera, de un bicho acéfalo parlante.

Ha de saberse, y vaya por el primer argumento, que los tormentos inferidos á los caballos, no deben mover á compasión, porque estos animales no sienten pizca, ni moral ni físicamente, cuando se ven maltrechos y moribundos. En efecto; es claro como el agua, que tratándose no precisamente de lozanos potros, sino de cansados jamelgos, su tormento moral en el duro trance de la muerte, deberá ser completamente nulo. Estos infelices han terminado su carrera en el mundo: si tienen hijos, deberan á la sazón hallarse colocados: muchos serán viudos, ó si casados, habrá de ser necesariamente con alguna yeguota vejezuela de quien siempre se encuentran divorciados; y respecto á otra vida, nada esperan, porque como dijo Malebranche, «las bestias lo pierden todo al morir; han sido inocentes y desgraciadas, pero no les espera ninguna recompensa.»—No teniendo pecados, tampoco pueden temer nuevos castigos; y por lo que respecta á testamentos, legados y fideicomisos, dicho se está que á semejantes brutos no podrán causarles los escribanos tribulación alguna en sus últimos momentos. En fin, bajo el aspecto moral, mueren los caballos de plaza como gente volandera é impenitente;

Y quien dijere lo contrario, miente.

Ahora bien, tratándose de la parte física, la cuestión varía por completo; pues aunque veamos á los infelices pencos, destrozados y casi sin sangre volver á la presencia de la fiera que los martiriza, sin venda en los ojos si al caso viene,

sumisos y resignados hasta el último suspiro, no se crea que su impavidez consiste en falta de sensibilidad, sino en que estos nobles é intrépidos animales, á semejanza del hombre verdaderamente bravo, no vuelven nunca la cara al peligro, y sólo sucumben cuando son heridos en entrañas vitales, cuya lesion rompe todo el equilibrio fisiológico, y caen á impulsos de leyes físicas incontrastables. Así es, que sólo un caballo *auténtico*, sea dicho sin ofensa, es tan sólo el que puede afirmar que nada sienten los de su especie cuando son golpeados, heridos, desangrados y horriblemente mutilados en los circos taurinos.

Y sí, como no creemos, apesar de los vehementes indicios que se notan, hemos vuelto á los tiempos de Maricastaña,

Cuando los hombres pacían
Y los jumentos hablaban, (*)

rogamos á los que reciben y publican confidencias hípico-hiperbólicas, que sean más explícitos en sus pruebas, á fin de que los profanos quedemos plenamente convencidos acerca de la maravillosa indolencia caballuna.

Lo que hay de cierto es, que tan atrevida afirmacion es un chiste, un golpe de listo de los protectores de los cuernos, lanzado al público para burlarse de los enemigos del toreo; pero á la vez nosotros afirmamos que deben estar errados estos bufones de *gallumbo*, en haberse creído capaces de tener una ocurrencia ingeniosa ó picaresca.

En buen hora que nada tengan de lógicos, cuestion de intelecto, ni ménos de compasivos, achaque del sentimiento, estos jocosos adalides de la jifa; pero no por ello se imaginen dotados de la triste cualidad que suele conceder la Providencia á quienes niega cabeza y corazon, porque han de saber, que tampoco les da el naípe por el menguado dón del gracejo para el sarcasmo y la rechifa.

El caballo es uno de los animales mejor organizados de la creacion y, por consiguiente, es extremadamente nervioso y sensible.

Por esto, desde el origen se han empleado, para domes-

(*) Quevedo.

ticarlo y gobernarlo el bocado, la espuela, la fusta y otros instrumentos de necesario rigor, por aquello de que la letra con sangre entra; todo lo cual habría sido perfectamente inútil, si este hermoso animal fuera un simple leño, como los flamantes chistosísimos zoólogos se atreven á sostener. Es seguro que si el último mozo de cuadra oyera tan extravagante afirmacion, recordando á su poeta favorito, diría sin vacilar:—«*No samenesté reirse?*»

El segundo argumento, lo ha formulado sin duda algun antiguo alcabalero ó moderno lechuzo con humos de estadista. Trátase en él de demostrar que, no sirviendo los caballos de plaza para ningun otro objeto, ni teniendo, por consiguiente, valor metálico ó precio alguno, nada pierde el País en la destruccion de estos inútiles animales. Véase como por un razonamiento análogo se demuestra la recíproca: á saber, que la infame trata de negros hace feliz á un país, porque nada hay mas provechoso para el Tesoro, que comprar un sér humano por dos ó cuatro y revenderlo por quinientos ó mil..... Indudablemente son unos sabios aritméticos quienes así razonan; pero como por ahora no tratamos de discutir la cuestion de números—de la que tambien se encargará álguien más adelante para demostrar á estos hacendistas taurinos, que todo lo que se refiere á las corridas es extremadamente oneroso para España—como en este momento, decimos, sólo tenemos la moral por punto demira,—que, sea dicho en confianza, vale hartó más que todas las utilidades monetarias, sin que dejemos ni por un solo instante de reconocer que el dinero vale mucho,—y como el argumento, en fin, que nos ocupa, no tiene en verdad por donde cogerse que no manche, nos contentaremos por via de refutacion, con referir á nuestros benévolos lectores lo que nos ocurrió cierto día.

Erase un niño perverso y mal criado, que se disponía en presencia nuestra á sacar los ojos con una aguja á un tierno pajarillo.

No pudiendo castigar al pequeño mónstruo como cuenta Quintiliano que hicieron los atenienses con otro párvulo que tambien se gozaba en cegar las codornices, nos limitamos á evitar que el jóven verdugo consumara el atentado,

demostrándole que cometía una atroz y repugnante crueldad..... Pero hé aquí que su señora madre con la mayor impavidez, la más desdeñosa sonrisa en los labios, arqueando las cejas como quien oye un extraño despropósito y con toda la calma y plena seguridad que dan la experiencia y la exactitud en los cálculos, nos dijo dulcemente: —No os inquieteis por tan poca cosa, que el pájaro no ha costado más que cuatro cuartos, ¿verdad, Juanito? —Ca! no, contesto el niño; dos solamente.—Ya ve V., prosiguió la mamá del Neroncito; todavía más barato de lo que yo creía.—Apaga y vámonos, dijimos para nuestro capote, y salimos huyendo de aquella casa de fieras.

Réstanos aún por demostrar la inanidad del tercero y último argumento en favor de la inquisicion caballuna, para dar fin y remate á la más ingrata de las tareas. No ingrata sino imposible, debemos decir, porque ¿quién puede demostrar lo evidente? Es perfectamente contrario á las facultades del espíritu, el probar que la luz alumbra, que el fuego quema, que dos y dos son cuatro, y que el matar ó atormentar sin ton ni son, es una purísima barbaridad. Pero puesto que nos encontramos en tan penoso camino, procuremos pasarlo sin demora.

Pseudo filántropo-ecónomo-político-usurario, es el último parto de nuestros sapientísimos contrincantes. Las corridas, dicen, ofrecen un amplio y lucrativo mercado para los pobres labriegos, que en nada pueden emplear sus caballos de desecho, y cuya conservacion por otra parte es onerosa; porque lo mismo comen y consumen éstos, que si estuvieran sanos y robustos. Pues este razonamiento, apesar de su apariencia de práctico y positivo, es perfectamente sofisticado.

Sépase que nada hay de la tal utilidad ó lucro para los vendedores de jamelgos; porque el precio que obtienen en esta última venta, por mucho que se quiera considerar como una ganancia neta, no es más que un mero reintegro del sobre precio que pagaron al comprar el animal.

Demostración:

Los precios de las cosas giran siempre sobre su valor natural, ó intrínseco como vulgarmente se dice. Aparte de

los movimientos anormales de los mercados, el valor se funda principalmente en los gastos de produccion y se modifica segun las oscilaciones de lo que se llama la oferta y la demanda; pero siempre tienen los productos y los servicios una valorizacion mínima, ora consistente en su coste primitivo, ora fundada en la esperanza racional de que han de ser necesariamente vendidos por el precio corriente ó sea el que se les designa generalmente en el mercado. Apoyándose, aunque inconscientemente en este axioma económico, que quizá se atrevan á negar los que afirman que el caballo es un sér insensible, los labriegos, trajinantes é industriales ricos ó pobres, pagan 50 duros, por ejemplo, por un caballo viejo, por el que no darian seguramente más que 25 ó 30; si no tuvieran la *racional esperanza* de venderlo en otros 20 ó 25 para las plazas de toros, el día, no lejano, en que se les inutilice completamente en el servicio; ó lo que es lo mismo: que al no contar todos con que el animal tiene mientras viva este valor natural, intrínseco, necesario, por el hecho de haber toros, es seguro que al comprarlo nadie pagaría arriba de 25 ó 30 duros por un penco en decadencia. Pues así como en Francia vale todo caballo muerto de 60 á 70 francos, (*) porque en virtud de las muchas industrias que allí se explotan, se aprovechan la piel, los huesos, dientes, tendones, sebos, tripas, herrajes y cuanto entre nosotros se desperdicia, en España vale cualquier jamelgo siquiera esté en la agonía, 25 ó 30 duros fijamente, para la noble industria taurina; y hé aquí las dos cantidades fijas sobre las que, allende y aquende los Pirineos, gira el precio del ganado caballar desde que nace hasta su último momento.

No sucede otro tanto con los jumentos y los mulos viejos en España, por ser inútiles para el torreo; y de aquí que estos animales en su última época no tengan un valor proporcionado al de los caballos en idénticas circunstancias; y por cierto que los filántropos á quienes contestamos, no se conduelen de los pobres labriegos que nada sacan de esta clase de animales en estado de postracion. Para librarse de una inútil carga contentáanse sus amos con darles oportuna-

(*) De 12 á 14 duros.

mente una muerte pronta y exenta de largos sufrimientos, lo cual podrían también hacer los pobrecitos dueños de caballos inútiles, en bien de la moral y de su propia conciencia.

Y queda demostrado que, si bien es cierto que sin toros no tendrían los caballos viejos valor alguno, también lo es que por ellos valen en el mercado mucho más de lo que deberían todos los caballos, con perjuicio de esos mismos pobres labriegos en cuyo obsequio se pretende justificar las corridas.

En suma; el precio obtenido en esa última y desdichada venta, es, como hemos dicho, un simple reintegro, una devolución, y no una utilidad líquida, como suponen los que convierten la economía política en un absurdo, la moral en un mito y la aritmética en una paradoja. Ningun provecho nuevo, siquiera sea material, alcanzan en definitiva los vendedores de caballos de plaza, en cambio de la acción ingrata, vil y baja, á todas luces, de entregar al tormento, después de haberse aprovechado de toda su fuerza, á un pobre animal que les ha ayudado á vivir y quizás á prosperar.

Lo que única y positivamente produce tan infame tráfico, lo vamos á decir en pocas líneas.

1.º Envilecimiento moral en el hombre, que deliberadamente y como quien realiza una negociación honrosa ó ejecuta un acto lícito, entrega por unos reales al martirio á un benéfico animal, que le ahorró muchos sudores y le ganó mucho pan para él y sus hijos.

2.º Remordimiento en el infeliz que, acosado por la necesidad, se aprovecha de tan perverso recurso, desesperado arbitrio sólo comparable con el robo cometido para saciar el hambre de hijos moribundos.

3.º Desesperación en el buen hombre que reconoce su querido caballo entre los descuartizados en la plaza. (*)

Siquiera fuese por evitar al hombre estas terribles contingencias, ya que no por el mal ocasionado á los pobres caballos en sus postrimerías, deberíamos clamar los españoles todos, sin distinción de amigos ó enemigos del toreo,

(*) Quizas algun dia tengamos ocasion de contar al público una trágica historia, ocurrida en un pueblo de Andalucía, por este motivo.

para que se modificasen las corridas en lo relativo á este punto, que es punto muy sustancial.

¿Pero sería esto posible? Si todos conviniéramos en la necesidad y la justicia de una radical reforma? Creemos firmemente que sí,

1.º Corriéndose buenos toros, que obligaran á los picadores á ser grandes ginetes y á aprender el arte.

2.º Empleando robustos caballos que, supuesta en el diestro la capacidad de gobernarlos, pudieran recibir y salirse de la suerte con el empuje y la agilidad necesarios en tan críticos momentos.

3.º Habiendo un director presidente que no permitiera falsear el juego, desjarretando los toros y entregando caballos, ni los mil y un primores que hoy se consienten, por falta de inteligencia en la presidencia de las plazas.

4.º Armandos los caballos con un peto de baqueta que les cubriera pecho y vientre hasta el encuentro con la baticola, lo cual les evitaría muchas y profundas heridas, y en todo caso, la repugnante irrupcion de tripas y redaños que tanto afea el espectáculo. Reforzadas estas armaduras en los sitios más expuestos á los derrotes del toro, y hechas con primor y esmero, se conciliarían todos los extremos. En Madrid ha solido revestirse el vientre de los caballos con una red, á fin de impedir el desprendimiento de las tripas; pero por este medio sólo se consigue evitar la fealdad, y nosotros buscamos en primer lugar la seguridad de la montura.

Estas disposiciones bastarían en nuestro concepto para reformar por completo la funcion, y en el hecho de quitarle su actual ferocidad, serían más concurridas por el bello sexo principalmente, que ahora se retrae por el asco y repugnancia que le produce tan nauseabundas escenas. Al atractivo de tan buena compañía acudirían presurosos muchos de los que hoy huyen de las plazas, porque falta en ellas el más poético ornamento de toda reunion imaginable. Solo donde están *ellas*, encuentra el hombre el bienestar y la alegría; que no hay verdadera fiesta para los hijos de Eva, cuando no concurre la más bella mitad de la humana especie.

En fin, casi nos contentaríamos con que se acorazasen los pobres jamelgos, tal como ha propuesto el señor de An-

ton en su excelente Memoria contra las corridas, premiada por la Sociedad Protectora que nos presta su Boletín en este momento; y creemos que con estas reformas, dada la situación á que ha llegado el negocio de los toros, se adelantaría bastante en el buen camino.

There should be no endeavour where is no reasonable hope.—«No se debiera gestionar en lo que no hay esperanza razonable»—ha dicho Roscommon; pero téngase en cuenta, que nosotros no pedimos esta ni ninguna otra reforma taurina al gobierno, único empeño estéril por las razones que de seguida vamos á exponer; sino que nuestras gestiones, nuestros ruegos, nuestras súplicas y hasta nuestras humillaciones, que á todo estamos dispuestos para liberrar á los caballos, se dirigen única y exclusivamente al País, á los aficionados mismos del toreo, á quienes pedimos perdón y olvido por cualquier palabra ó concepto mal sonante, que pueda habérseles escapado en el calor de la discusión, y de quienes estamos seguros de ser escuchados, y de que al fin abrirán los ojos á la luz de la equidad y de la compasión, para librar á los caballos de las astas del toro.

Quizás extrañen muchos de nuestros mismos partidarios, el que nos limitemos á pedir una mera reforma, cuando ellos y nosotros tan sólo suspiramos por la total extinción de las corridas; pero deben tener en cuenta, que no fácilmente se desarraigan vicios sociales inveterados, y que, como dice el refrán, no por mucho madrugar amanece más temprano.—Tenemos, además, siempre presente, que en materias de pedir, se debe seguir el ejemplo de cierto prudente viejo... y vaya de cuento.

Había un pobre ciego en una aldea de estas cercanías de Jerez, que todos los días pedía al Cristo de la Hermita que lo pusiera tuerto.

Al oír siempre repetida tan extraña petición, le preguntó un compadre suyo, el porqué no pedía la vista por completo.—¡Dios me libre, contestó el infeliz, de cometer tan grande desacato! ¿No comprende Vd., compadre, añadió el interpelado, que si yo soy ciego, es porque el Señor lo ha querido, y que puede enfadarse para siempre conmigo Su Divina Magestad, si yo me empeño en que deshaga lo hecho?

Yo le pido ser tuerto, porque al fin con esto me avío, y no creo que Dios se disgustará tanto por partir la diferencia.»

Contentémonos con partir la diferencia entre amigos y enemigos del toreo, y Cristo con todos.

IV.

Fundado en los prolegómenos que anteceden y reforzado con varios considerandos heráldicos, políticos y religiosos debidos á amigos doctos, verán de seguida nuestros pacientísimos lectores, el anunciado memorial en favor de los caballos destinados á las corridas, extendido además en la forma y manera que exige la etiqueta. Tal lo ordenan de consuno, así la elevada jerarquía de nuestros héroes, en cuya estirpe se cuenta nada ménos que un cónsul, como la indisputable importancia social y numérica de los partidarios del toreo, á quienes exclusivamente dirigimos esta petición, que si bien aparece dedicada á todos los españoles, sólo ha sido por aquello de que nunca por mucho trigo es mal año.

Antes de llegar, sin embargo, al objetivo de nuestra tarea, nos creemos obligados, en cumplimiento de una oferta hecha en el anterior capítulo, y muy principalmente por el deber en que estamos de justificar nuestras afirmaciones, á explicar la razon que nos asiste para declarar terminantemente y sin rodeos, que es de todo punto inútil el acudir al gobierno español en solicitud de modificaciones y mucho más de la total abolicion de las corridas.

Si así no fuera ¿qué mayor satisfaccion podríamos experimentar, como súbditos fieles y leales vasallos, que la de acudir de hinojos, en nuestra cuita, ante el zenit de toda justicia y de toda luz? Y si nuestra ruda lengua se encontrara trabada ante grandeza tanta y no acertara á expresar los conceptos, apelaríamos, por ejemplo, al célebre Juan de Mena, gran perito en la materia, y diríamos:

Sanad vos los reynos de aqueste recalo,

O príncipe bueno, o novelo Augusto,
 O lumbré de España, o Rey mucho justo,
 Pues Rey de la tierra vos hizo el del cielo:
 Y los que vos sirven con malvado zelo,
 Con hambre tirana, con no buena ley,
 Haced que deprendan temer á su Rey,
 Por que Iusticia no ande por suelo. (*)

Pero ¿de qué servirían nuestros clamores? Sabemos demasiado bien por desgracia, que así esta sencilla pero magistruosa plegaria, como otra invocacion cualquiera por sonora y altisonante que pudiera ser, jamás conseguiría que los que *lo sirven* permitieran sanar el País, no digamos del RECELO, pero ni tan siquiera del zelo de los toros, ó de los toros en zelo. De ello es buena prueba el reciente fracaso de cierto noble diputado y diputado noble por ende, que intentó presentar en las Córtes una proposicion encaminada á extinguir las corridas. (**)

El buen señor tuvo al fin que renunciar á su empeño, sin duda porque hubieron de convencerlo de que el panliberalismo de la época, no comprende la facultad de abolir los cuernos en España. ¡Oh! si: primero ha de consentirse oficialmente en esta tierra venturosa la supresion de todas las cruces y distinciones; ántes se ha de decretar la abolicion de las contribuciones y de la lotería moderna, que tocarse á un punto ni á una coma del ritual establecido para los *gallumbos* y las corridas de toros.

Comprenderíamos, no obstante, que habiendo desaparecido de entre nosotros la Inquisicion y el tormento jurídico, la trata de negros y hasta la lotería vieja; que no encontrándose ni por un ojo de la cara un astrólogo, un bufon, un saludador, ni un saetero del pecado mortal; que habiéndose perdido en España la especie del santero, la del santo mismo y de tantas otras entidades históricas, en virtud de satánicas revoluciones, se tratara prudentemente de no perder la única de las más preciosas antigüedades que nos queda; que se conservara, en fin, cuidadosamente el toreo, que por no haber existido en ningun otro país, se les escapó sin

(*) «El Laberinto.»

(**) El Sr. Marques de San Carlos.

duda á los legisladores franceses del 93, gracias á lo cual los liberales de por acá, serviles imitadores de aquellos, han podido conservarlo como si dijéramos de contrabando; pero es el caso, volviendo á nuestro asunto, que no es la arqueología ni el natural afecto á costumbres inveteradas, el sustentáculo gubernamental del soberbio edificio taurino; nada ménos que eso. Sépase que el respeto y predileccion que nuestro sabio gobierno le concede, se funda única y exclusivamente en que las corridas le permiten ostentarse ante su pueblo con todo el carácter patriarcal y todo el esplendor autoritario del antiguo régimen, magüer tal ó cual silba; y hé aquí el peregrino tema que, mediante un ligero exámen histórico, vamos á demostrar. De él deduciremos la imposibilidad de que el gobierno en España, por mucho tiempo todavía, permita la más leve modificacion ó adulteracion en las corridas, y que muy por el contrario realizará cuanto le sea posible el prestigio de las mismas, poniendo en primer lugar sobre su cabeza á los lidiadores y por consiguiente en más elevado puesto que á los demás españoles, por muy ilustres que sean, pero incapaces de trastear un bicho, pasarlo al trascuerno, ó darle por lo ménos una estocada á paso de banderillas.

Averigüemos:

Desde que el mundo es mundo, han tenido los hombres sus penas y sus alegrías, y cada cual ha manifestado á su manera la situacion de su ánimo. Cuando un mismo sentimiento ha afectado á la generalidad por fundarse en motivos comunes, á fin de no salir cada quisque haciendo sus escarceos (*) por su propia cuenta, se ha convenido en destinar ciertos dias á este objeto, y en concertar el modo y la manera de lamentar los duelos y festejar las alegrías con cierta uniformidad y grandeza, segun la cultura y medios materiales de cada pueblo.

Allá en los tiempos vecinos á las tinieblas prehistóricas, lo uno y lo otro se realizaba muy bonitamente, comiéndose los hombres entre sí, porque la antropofagia era entonces moneda corriente.

(*) Perdonémosles esta y otras palabras aplicables tan sólo á los caballos; ¡estamos tan preocupados de ellos!

Más tarde, cuando ya hubo templos, palacios, oro, púrpura y pecunia, se limitaron los hombres en sus funciones populares, á sacrificar á los vencidos en accion de gracias ó por via de rogativas para aplacar á los dioses. Parece que estos señores se arrepentían hasta la desesperacion cada vez que daban á la Tierra un ciudadano, y que no cesaba su enojo hasta que no lo veían degollado, frito ó estrangulado; y si generalmente estos primores se reservaban aquí abajo para los prisioneros, los culpables y los esclavos, tambien solían sacrificarse piezas más escogidas, como la infeliz Ifigenia, sin contar las ilustres doncellas y heróicos jóvenes que voluntariamente, segun cuentan, se ofrecían en desagravio de la divinidad implacable.

Por estos y otros excesos, hubo sin duda de reñir Prometeo con sus amigos y compañeros celestiales; pero el titán salió crucificado como todo redentor, consolándose con invocar á su madre Themis, símbolo de la Justicia, y decir de los hombres «que tenian ojos y no veían, oídos y no oían.» (*)

Vinieron al fin mejores días, y los civilizados griegos se limitaron á sus hecatombes, sacrificios de bueyes y otros animalejos comestibles, en cuyas entrañas encontraban los sacerdotes una verdadera mina de noticias, quizá tan importantes como las de La Correspondencia de España. Los despojos de las víctimas servían de festín *gratis* para el pueblo, el cual naturalmente pugnaba de continuo por que hubiera fiestas votivas, acciones de gracias, rogativas y funcioncitas de desagravio. ¡Oh felices tiempos de beatitud y de gula!

Pero llegan despues los Romanos, pueblo compuesto de bárbaros de todas las regiones de la Tierra, cuya ferocidad no se saciaba con las blanduras greco-orientales, y añaden á sus espectáculos, las luchas de fieras, las de éstas con los condenados á muerte, los gladiadores y los esclavos, las de éstos últimos entre sí y, en suma, mezclan el antiguo sacrificio de los hombres y el moderno de los animales, combinados y permutados hasta la saciedad, por cuyo ingenioso medio todo bicho viviente tenía siempre la vida en un hilo.

(*) «Prometeo encadenado.» — Tragedia de Esquilo.

Al fin en la edad media empiezan á desterrarse estas funciones paganas. El fuego y el hierro no sirven ya para divertir ó lamentar; sino para argüir contra sospechosos contumaces y relapsos contrincantes; sin embargo, como en el mundo nada aparece ni termina de repente, la extincion de las antiguas costumbres, en materia de espectáculos públicos, no se ha consumado todavía por completo. Las luchas de fieras desde los tigres y los elefantes hasta los diminutos gallos ingleses, se ven aun en España y en otros pueblos civilizados, si bien el sacrificio de los hombres tan sólo se ejecuta en el Reino de Dahomey, y la lucha entre los humanos y las bestias bravas, no tiene más teatro que nuestra desventurada patria y la América del Sud, que nos debe sus costumbres!

Ignoramos si estos espectáculos fueron en el origen invenciones de los pueblos ó de los gobiernos; pero sí sabemos que, durante la infancia y adolescencia de todas las sociedades, monarcas, dictadores y cónsules (*) han ostentado la mayor solicitud por sus progresos.

Concretándonos á los festejos populares, es un hecho indisputable que, no sólo han sido siempre regidos y ordenados por los poderes públicos, sino que éstos han inventado muchos para excitar la pública alegría.

Nadie ignora que Grecia y Roma fueron hasta el último extremo en la materia que nos ocupa, llegando á considerarla como la más ardua cuestion de Estado. Hasta instituyeron magistrados especiales que inventaran y ordenaran funciones, aun por los más triviales é impuros motivos, y el pueblo se divirtió mucho tiempo por cuenta de la patria y de los que aspiraban á la dictadura, los cuales, á fuerza de pan y circo, compraban los votos de sus conciudadanos.

Gran reforma han sufrido más tarde estas costumbres; pues á medida que la civilizacion ha penetrado en el mundo, los individuos se han ido acostumbrando á divertirse con arreglo á su bolsa, y los gobiernos, aparte de alguna que otra funcion cívica conmemorativa ó religiosa en honor de

(*) No decimos tiranos, porque esta palabra no tenía en el origen el siniestro sentido que hoy se le atribuye; y por que de tanto manosearla los hambrones y granujas políticos, ha venido á convertirse en «cursi».

asuntos verdaderamente dignos de respeto, se abstienen de regir, ordenar y mezclarse en los alborozos populares, cuya inspeccion dejan integra á la policia de los pueblos.

Los pueblos relativamente jóvenes en la vida intelectual y moral, guardan, sin embargo, algo de las antiguas tradiciones, y si bien en las fiestas cada individuo paga su escote, todos se someten en ellas al histórico mandato y protectorado, á la antigua vigilancia de las autoridades oficiales.

Recíprocamente los gobiernos, á trueque de no abandonar su puesto de honor, capitulan en los países atrasados con las fiestas populares, siquiera sean nauseabundas y crueles. Primero que abdicar, los poderes insulsos, de puro teatro y de anchas tragaderas, pronuncian aquello de «caminemos, y yo el primero, por la senda... de la brutalidad.»

Sólo así se comprende que en España, por ejemplo, tanto el gobierno supremo como los gobiernitos locales, no tan sólo consientan, sino que presidan las corridas, y nó de media gala, como suele decirse, sino rodeados de sus subalternos y hasta de trompeteros vestidos de gran uniforme, como hiciera Tiberio en los circos romanos.

Y así tambien se explica que los españoles gustemos mucho de los toros, muy principalmente, porque en ellos vemos al poder público á la cabeza, y basta el tenerlo á la vista, para que nos encontremos siempre como el pez en el agua.

De aquí que la funcion taurina, cuya razón de ser hemos buscado en vano en la moral, la estética y la utilidad, tenga su verdadera basé en el gusto español de vivir algunas horas reunidos con su jefe á la cabeza, sea para rezar, pelear ó divertirse.—Por no ser cosa fácil el estudiar en comunidad, hemos descuidado un poco las letras.

El Gobierno, á su vez, está en sus glorias dirigiendo una corrida, y por nada en el mundo dejaría de presidirla un representante del poder público. Mas de uno y de dos conflictos interpotenciales-caseros se han suscitado en España, por toros, procesiones, paradas, besamanos y otros de estos importantísimos asuntos, relativos á la felicidad de la Patria.

Los toros sobre todo son, como si dijéramos, una especie de cancilleria donde se expiden y revalidan las posiciones gubernamentales.



N. 16.000.000

Dres. Españoles de uno y otro sexo y muy especialmente los dados al toro.

Los que abajo suscriben, á más de las razones, citas, anécdotas y coplas que aparecen en el Boletín de la Sociedad Protectora de Animales y Plantas, publicadas de su orden por un tal Quederriba, para demostrar la injusticia, la crueldad y la inutilidad del feroz tratamiento á que se someten los caballos en las corridas de toros, creen hacer un bien á la buena causa reforzando este humilde memorial con tres argumentos de carácter religioso, político y heráldico, respectivamente, que tenían de reserva.

Por lo tanto, á V. SS. con el debido respeto exponen:

PRIMERO. Que un pueblo eminentemente cristiano y católico, como lo es el español, tiene el indeclinable deber de ajustarse á los preceptos de la caridad, la cual prohíbe martirizar innecesariamente á los animales.

El capítulo XXII del Deuteronomio, interpretado por profundos expositores, dice que el hombre no debe ser cruel con los brutos.

Pudiera, asimismo, citarse multitud de Santos Padres y escritores eclesiásticos de la más pura ortodoxia, en apoyo de esta verdad, si no existiera el convencimiento

De que es tonto y ocioso

Probar que el que es cruel no es religioso.

SEGUNDO. Que los desórdenes y desafueros, de cualquier clase y especie que sean, traen siempre consigo el castigo para el hombre ó el pueblo que los comete, aunque sea vil y baja la víctima escogida; por lo que se equivoca grandemente quien imagine que no puede venir daño al País por maltratar á los jamelgos.

Recuérdese que no de carne y hueso, sino de palo, era el caballo de Troya y que sin embargo, por tomarlo, no digamos á cornadas sino á desprecio, sucumbió allá en el Asia la poderosísima Ilion. Léanse si no las aventuras de Telémaco,

Aquel libro que empieza en buen frances,

«Calipso ne pouvait se consoler.»

TERCERO y último. Que el martirio de los caballos afecta el sentimiento y hasta los fundamentos nobiliarios de la España moderna. En efecto; no es justo que habiéndose convertido en nobles casi todos los plebeyos de esta tierra, desde la muerte de don Fernando el Deseado hasta los tiempos de D. Amadeo el Despedido y siguientes, se cometa el absurdo y aun la ridiculez de ultrajar la cepa y tronco de toda caballería, el prototipo integral, la raíz etimológica misma de todo rey ó fidalgo, de casi todo español por decirlo de una vez, desde el gran D. Pelayo y cuantos han tenido y tienen pergaminos, hasta el último condecorado de la Guía general. No es justo, repiten los exponentes, que el aristocrático caballo, en el pueblo de los infanzones, sea befofo, escarnecido, martirizado y hecho añicos en sus postrimerias

Por fieras bravas y por gente fiera,

Que en España no tiene DON siquiera.

Fundados en tan incontrastables razones, á V. SS. rendidamente

SUPPLICAN que escuchen benévolos sus ruegos y fallen en justicia, para bien de este gran pueblo de valientes, omniscientes y pretendientes, sin contar los durmientes y pacientes.

Dios guarde á V. SS. muchos años.—Jerez de la Frontera á diez de Setiembre de mil ochocientos setenta y siete.

(Siguen las firmas.)

Imagínese, por ejemplo, un alcalde presidiéndolos y que llega á la plaza inopinadamente el gobernador de la provincia. Deja aquél en el acto la silla azul y éste incontinenti la ocupa; es de cajón. Pues supongamos que asoma por un tendido el Sr. Ministro de la Gobernación; de seguro que pasará al puesto de honor. Nada digamos de si por acaso llegara por otro lado el supremo Jefe del Estado, inmediatamente se haría constar su presencia, porque á él se dirigiría la elocuente y tradicional arenga del matador, con acompañamiento de montera por el aire. Y si no, ¿cuál es el primer ejercicio, la primera prueba de españolismo á que se somete todo príncipe ó magnate extranjero que pretende empalmarse con nuestro país? Asistir á las corridas, llevar á ellas á su señora y sus niños, si los tiene, vestiditos de majos, en fin, ponerse en carácter, para fundar sus derechos á la alta magistratura; porque, no hay remedio, es indispensable disponer de la llave del chiquero, para poder algún día ser el llavero general en España.

Pero ¿no es triste el contemplar, á propósito de llaves, que con la misma solemnidad que un gobernador ó un alcalde recibe, custodia y entrega la del Monumento el día de la Institución, como representante del Poder supremo y como fiel notario de la Patria, reciba y entregue algunas horas después, el Domingo de Resurrección, la ridícula llave del chiquero?

Comprendemos que los representantes de la autoridad no tengan criterio propio y hasta que hagan maquinalmente cuanto previene la rúbrica administrativa; pero lo que es en este caso, hay que motejar muy duramente su conducta.

Entre la llave del templo de Dios vivo para los católicos, ó el símbolo de la más grande concepción moral de los siglos, para todo hombre civilizado; y la llave del toril, que sólo representa para moros y cristianos una barbaridad pagana, existe tal antagonismo, que, no digamos ser igualmente manejadas por manos oficiales, sino hasta el hablar de entrambas en un mismo párrafo, atormenta la conciencia de todo ser racional.

Y, sin embargo, esto pasa en España; esto hacen nuestras autoridades por dar prestigio al toreo, con la misma natu-

ralidad que si firmaran la nómina por una paga ya cobrada; vamos, *¡como quien lava!*

Donde estas cosas suceden, es de rigor que duren mucho las corridas; porque en ellas se adunan perfectamente las inclinaciones de los gobernados y las miras de los gobernantes.

Seran, queramos ó no, la fiesta nacional por excelencia; sean la fiel señal del gozo público, natural ó ficticio, espontáneo ó impuesto; y muchos años todavía, siempre que aquí se hable del contento público, parodiando los *Sueños de Oro*, habrá que exclamar:—«¿Alegría dijiste? Barbaridad tenemos.»

No negamos ni afirmamos que en otros pueblos civilizados se desconozcan funciones repugnantes; pero si sostenemos que en ninguna parte se hace el gobierno solidario de ellas, presentándose revestido de todos los atributos de su autoridad, ni ménos acompañado de clarines y trompetas para anunciar que allí se encuentra tomando parte, ¿pero qué decimos? enaltecíéndolas, solemnizándolas y dándoles todo el esplendor de la ley.

Por estas incontestables razones, si bien estamos siempre dispuestos á demandar proteccion para los animales y las plantas así al gobierno como á sus delegados, nos abstendremos de pedir cosa alguna relativa á las corridas de toros, convencidos de que en ellas fundan nuestros poderes públicos una especie de pontificado popular, semejante al que se atribuían los antiguos Neronos y Calígulas y *¡væ victis!*

Para llegar á ciertos fines, no hay más camino que el de persuadir á las masas de que su interes en todos sentidos, aparte de otras reglas de conducta, estriba muy particularmente en abandonar el toreo, y convencer á los pocos verdaderos aficionados á la lidia, de que su manía tiene desgraciadamente una funestísima influencia en los adelantos materiales, morales y políticos de España. Pero ni esto es de nuestra incumbencia, ni en este lugar podemos entrar en ciertas consideraciones, y no podemos,

Por esto, por aquello, por esotro,
Por lo de más allá, y lo más cercano,

Porque sí y porque no: ya usted me entiende,
No tengo que hablar mas, el caso es llano... (*)

Otro sí:

Si coplas ó partes ó largas dicciones
No bien sonaren de aquello que hablo,
Miremos al seso, y no al vocablo,
Si sobran los dichos segun las razones,
Las quales inclino so las correcciones
De los entendidos á quien solo teman,
Mas no de groseros, que siempre blasfeman,
Segun la rudeza de sus opiniones. (**)

Vale.

(*) Fin del prólogo para una obra titulada «El Idiotismo de moda y la Religión acomodada á los caprichos de cabezas redondas,» empezada en 1767 y no publicada todavía, por Joseph Serna, Bufon de la Corte.

(**) «El Laberinto,» por Juan de Mena.

ERRATAS.

Página.	Línea.	Dice.	Debe decir.
3	8	fiecta	fiesta
4	27	vicho	bicho
8	26	físico-fisiológicas	psico-fisiológicas
10	37	mortarles	mortales
14	36	oficaz	eficaz
31	8	Rebaja	Rebaja de
32	10	toroque	toro que

Es PROPIEDAD.
